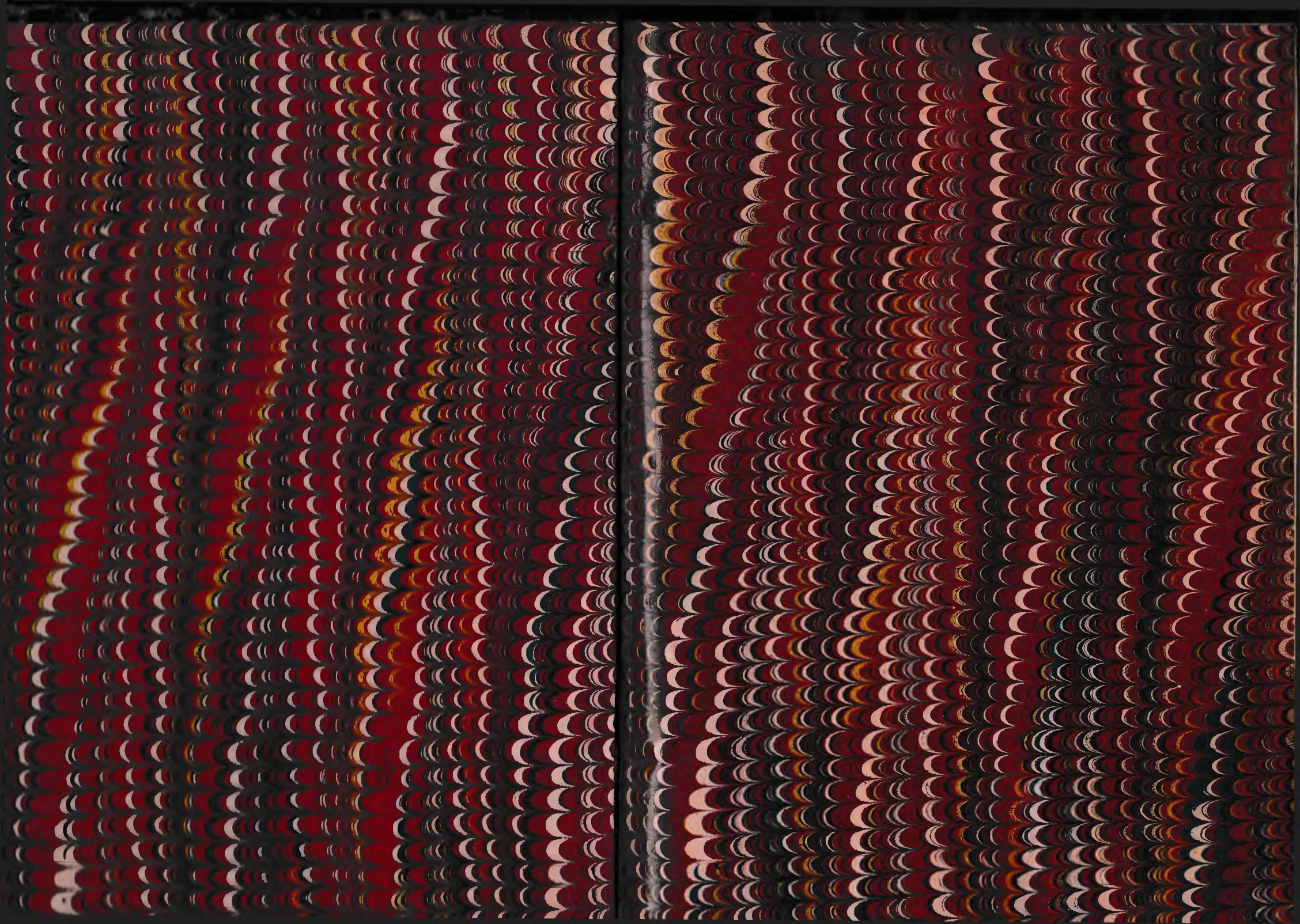




AM 111
Y
PATRI



AMOR Y PATRIA

DRAMA EN 5 ACTOS

Al Sr. Ministro de Fomento y relaciones cult.
Dr. D. José Barrocas Pardo, en señal
de amistad y aprecio. — Mañón

Dr. D. J. B. P. 6 de
Junio - 1857



AMOR Y PATRIA

DRAMA EN CINCO ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

D. ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES

REPRESENTADO POR PRIMERA VEZ EN BUENOS AIRES, EN EL TEATRO.

PRINCIPAL DE LA VICTORIA, EL 3 DE OCTUBRE DE 1856.



San Melian Lafinur

MONTEVIDEO

1857



64.52
Hag
amo

LIBRO Y PATRIA

LIBRO Y PATRIA

mi amigo D. Horacio Arredondo

En apuro

Arredondo

REPRESENTADO POR PRIMERA VEZ EN BUENOS AIRES EN EL AÑO

QUINTA VEZ EN LA CIUDAD DE BUENOS AIRES EN EL AÑO



VALIOSO



LIBRO Y PATRIA

1856

Primitivo Arredondo

=====

Sr. D. José Ortiz.

Buenos Ayres, 6 de Octubre de 1856.

Mi estimado amigo :

Me dicen que tanto V. como Matilde y los demas actores de esa compañía, han considerado como un desprecio el no haber querido presentarme con ellos en el palco escénico, cuando el público entusiasmado por tres veces distintas pidió al autor y á los artistas.

Debo á Vds. algunas esplicaciones y tambien al público, y voy á dárselas.

Hombres que, como yo, deben lo que son á la literatura, jamas tienen á menos presentarse al lado de artistas de la altura y mérito de V. y la incomparable Matilde: tampoco desdeñan el aplauso popular. Hablando con toda franqueza, son esos justamente los titulos de que se envanecen y que mas estiman y ambicionan.

Será una misera flaqueza humana; pero es lo cierto que el amor á la gloria no existe sin una dosis muy regular de vanidad y orgullo. Ya vé V. que soy franco y llamo á las cosas por su nombre.

Mi falta de asistencia no fué, pues, orijinada por ridiculos miramientos ni por falsa modestia (cosa que abomino): en nada influyó mi posicion oficial, como se ha pretendido: era hija de otras circunstancias, relacionadas con mi vida *intima*, que á nadie importa. Exceso de delicadeza, de debilidad, tal vez; pero que colocado de nuevo en situacion idéntica, no vacilaria en volver á reproducir, habiendo empeñado de antemano mi palabra, como me sucedia en este caso.

Desgraciadamente, á lo que parece, no fueron Vds. los únicos resentidos. Algunos pobres diablos, hijos de este buen pueblo andaluz, exajerado en todo, lo mismo para el bien que para el mal, y cuya vidriosa suceptibilidad ha pasado en proverbio, tomaron á desaire una falta que, por grande que fuese, merecia alguna induljencia, desde que la aparicion del autor en las tablas no formaba parte del programa de la funcion. Ellos se encargaron, pues, de silvar en la segunda representacion, el mismo drama que habian aplaudido con frenesí en la primera.

Estaban en su derecho?... lo concedo sin dificultad. Duéleme no pensar lo mismo respecto de ciertas críticas, mejor diré, necias vulgaridades posteriores. Muy exigentes se muestran esos profundos y eminentes literatos, que no tienen el menor título conocido que los recomiende como jueces ni como autores. Con la audacia y la pedanteria, propias de la nulidad impotente, en tono dogmático y majistral, formulan juicios en los que implícitamente condenan á las primeras notabilidades literarias de Buenos Aires, que me honraron asistiendo á la lectura de mi drama y lo encontraron digno de representarse y *de éxito seguro*.

Pasma, en verdad, y llenaria de indignacion, sino despertase la risa, la intolerancia de esos inflexibles Aristarcos, aquí, donde la representacion de un drama es un *acontecimiento*, como dijo oportunamente el *Orden*; aquí, donde si tenemos ensayos mas ó menos felices, no conocemos ningun Calderon, Schiller, ni Alfieri; aquí, donde como en todas las repúblicas hispano-americanas, ni honra ni provecho alcanza el que se consagra, solo por amor al arte, al cultivo de las bellas letras.... no hablo del periodismo y de otras tareas literarias que, por lo regular, producen tambien á sus adeptos mas espinas que flores, mas trabajo material que utilidad pecuniaria.

Pero volviendo al supuesto desaire de que tanto se

quejan, V. bien sabe, amigo mio, que al final del tercer acto, despues que algunas personas de la platea y de los palcos vinieron á su cuarto á buscarme para que me presentase, salí y no volví mas al teatro. Desafío á que pruebe nadie que me vió allí despues de ese momento.

En la segunda representacion, yo estaba, como en la primera, en el interior del teatro, y era tan visible la malquerencia de algunos que á las primeras escenas del acto primero, me retiré. V. recordará mis palabras.

Luego supe, sin embargo, que aquellas demostraciones hostiles y *premeditadas* fueron ahogadas y desaparecian al caer el telon, entre los aplausos espontáneos del verdadero público, público ilustrado, digno y generoso, que no hay que confundir con la docena de botarates, prontos siempre á criticar y despedazar, lo que no son capaces de comprender, siquiera; que no pueden tolerar y á quienes irrita la menor superioridad, por no decir la baja y ruin envidia que les roe las entrañas.

Lea V., amigo mio, los artículos de Gomez y Sarmiento, publicados en la *Tribuna* y el *Nacional*, y recordando el efecto extraordinario que produjo la primera noche el drama, ante la numerosa y escogida concurrencia que acudió al teatro, apesar de la lluvia, el huracan y el lodo que hacian intransitables las calles de Buenos Aires; los estruendosos y prolongados aplausos que á menudo obligaban á los actores á detenerse, digame luego si por malo y defectuoso que sea el drama no es una corona y su mejor elogio la malevolencia y los vituperios, de *entes*, que al lado de Sarmiento y Gomez son, en todos conceptos, lo que el arador (insecto microscópico) al lado de las pirámides de Egipto.

Ellos han logrado, no obstante, su deseo, gracias á las razones de decoro y conveniencia social que hoy me prohíben, por una miserable cuestion de amor propio, descender á la arena periodística y darles piadosamente

algunas lecciones de literatura dramática, de urbanidad y buena crianza; pero *arrieros somos y en el mundo andamos*.

Con esta fecha ruego, y, si es necesario, ordeno á la Empresa, que no vuelva á poner mas mi drama en escena en Buenos Aires. Puede, si gusta, hacerlo representar en Montevideo, cuando vaya la compañía Duclos. Entónces lo imprimiré.

Al adoptar esta resolucíon que es irrevocable, me acompaña el sentimiento mezclado de gratitud hácia los actores que con tanta conciencia han estudiado sus papeles, particularmente V., Matilde, García y Pardiñas. Sobre todo, V. Ortiz, que es el alma del drama, á quien se debe principalmente el éxito completo que alcanzó la noche de su estreno; V., que ha tenido momentos de inspiración tan felice, que me ha hecho recordar á los mas eminentes actores que he visto en Europa. Reciba V. y sus compañeros las mas espresivas gracias. Estoy completamente satisfecho del desempeño. Me parece que si yo fuese actor no habria dado vida, ni habria traducido mejor, con la palabra y la acción, mi propia obra.

Ademas de esta notable circunstancia, siento la suspensión doblemente, porque, como habrá informado á V. el Sr. Villalobos, representante de la Empresa, al cederle el drama, la única condición que puse fué, que despues de la segunda representación, se daría una á beneficio de la Sociedad de Beneficencia de Montevideo: así queria facilitar de un modo indirecto al hidalgo pueblo de Buenos Aires, que tantas pruebas tiene dadas de filantropía y generosidad, la satisfacción de manifestar al de Montevideo su justo aprecio por el interés que este acababa de patentizarle asociándose á la humanitaria y patriótica idea del general Escalada.

Tal era mi pensamiento y no ninguna idea de lucro personal; pensamiento honroso para todos: porque si

alguna ofrenda enaltece al que la dá, como al que la recibe es la que dimana de los mas nobles instintos del corazón humano, y tiene su origen en la divina esfera de la inteligencia.

La malevolencia de unos pocos no lo ha querido. Caiga sobre ellos el anatema de los buenos!

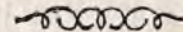
Autorizo á V. para que haga el uso que quiera de esta carta. Yo no soy de los que dicen una cosa en secreto y otra en público. Ojalá que todas mis cartas se publicasen para que así no me atribuyesen con harta frecuencia lo que no he escrito, ni pensado en escribir.

Terminaré repitiéndole que puede mostrarla á quien guste, porque pienso ponerla en forma de prólogo al frente de mi drama, cuando lo imprima.

Téngame siempre por su apasionado y leal amigo

Q. S. M. B.

ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES.



AMOR Y PATRIA

DRAMA DEL SR. MAGARIÑOS CERVANTES.

La América no tiene ruinas, se ha repetido mil veces, es decir, no tiene siglos detras de su existencia que poetizen con el musgo de los años los monumentos de sus glorias y las piedras de sus inscripciones.

Historia, crónica, tradicion, todo es de ayer, todo se presenta á la mirada con su vestido moderno y su fisonomia conocida.

En nuestra sociedad no existe, pues, el drama en su verdadera significacion, el drama que personifica un gran suceso, un gran carácter, una gran pasion, uno de esos sentimientos que participan del alma de la sociedad entera.

Para hacer un drama, que perteneciese á una literatura americana, habria que llenar todo ese vacío, habria que crear todo lo que se echa de menos en el mundo que nos rodea.

El Sr. Magariños Cervantes no retrocedió, sin embargo, ante la imposibilidad. Tomó de nuestra sociedad cuanto encontró en ella para un drama, dos sentimientos universales, que han sobrenadado en todos nuestros cataclismos políticos, y han salvado la libertad y la familia—el amor y el patriotismo.

Buscando el efecto dramático en la lucha de los dos sentimientos, el Sr. Magariños Cervantes ha conseguido trazar animadas eucenas y derramar hermosos pensamientos en una versificacion fluida y galana.

En un dia pátrio, en uno de esos dias en que el sentimiento público se hallase al nivel del entusiasmo en que se han colocado los personajes de *Amor y Patria*, el drama del Sr. Magariños Cervantes hubiera arrebatado.

Despues de una semana de lluvia, que traia destemplado el espíritu de la poblacion, y poco dispuesto á las expansiones del entusiasmo, en una noche abominable, el drama del Sr. Magariños obtuvo el mayor éxito que podia obtener—una numerosa concurrencia, estruendosos aplausos, y los reclamos que pedian al autor, en homenaje al talento del poeta.

No marchitemos con el árido soplo de la crítica las rosas del aplauso popular. Solo hemos querido agregar desde la prensa un ¡bravo! mas, al coro que ha saludado el éxito del nuevo drama, que recuerda al hombre los primeros afectos de la juventud, y sus dias de sacrificio y de gloria al pueblo.

Juan Carlos Gomez.

AMOR Y PATRIA

Drama en 5 actos por el Sr. Magariños Cervantes

Tuvo lugar anoche la representacion anunciada, y no obstante la espantosa noche, la concurrencia fué numerosa y escojida. Con una atmósfera mas auspiciosa, el concurso habria sido inmenso segun era simpática al autor la espectacion pública.

Dos veces se obstinó el público entusiasmado porque se presentase el autor á recibir el homenaje de cordiales aplausos, con que le brindaba; sin que sus votos fuesen satisfechos. Colocado en una situacion oficial espectable, tememos que el jóven autor hizo anoche á su patria mayor sacrificio que el héroe de su drama, privándose por la negra honrilla de representarla dignamente, del placer de recibir las ovaciones que el pueblo poeta rinde á sus vates, y acaso la dicha de sentir caer á sus pies, algun *bouquet* monstruo escapado sin intencion, de alguno de los adyacentes palcos, en un momento de entusiasmo por los lindos versos, que son la ambrosía con que se embriagan nuestras bellezas arjentinas.

Las banderas oriental y arjentina que figurában en la escena se habrian rozado dulcemente la una con la otra, al inclinarse á recojerlo, como suelen los cabellos tocar cual brisa fugaz el rostro. Pero *amor y patria* era un esfuerzo supremo, presentado á la admiracion del benévolo

público, y no era cosa de darnos la leccion de los cangrejos. De las tentaciones de la gloria de poeta supo triunfar el Rivas oriental, de lo que no le damos el parabien, pues á ponernos el dilema, en toda su fresca realidad, tentaciones nos vienen, aburridos ya de *patriar*, de creer que nos habríamos quedado con la niña, aunque fuese en el Brasil, y bajo el dominio del Emperador.

Decimos esto, sin personalidad alguna, y solo por exigirle la naturaleza de las dos grandes pasiones que el Sr. Magariños ha querido poner en pugna. Mucho honor hace á su talento dramático el completo éxito que su composicion ha obtenido. El asunto que escojía era de suyo sin elasticidad, y ágrío, si puede decirse uno de los ingredientes.

Una escena en América, un hecho contemporáneo, entre personajes oscuros históricamente hablando, y una lucha en el patriotismo y el amor, es acumular demasiadas dificultades, á riesgo de sucumbir bajo el esfuerzo.

No hay héroes sin nombre, y para la abnegacion del patriota se necesita un Brutus ó un Guzman el bueno. No es tampoco dramática esta pasion, por lo mismo que procede de una grande exaltacion del alma. Su lenguaje tiene de ser altisonante, gran-dilocuente y sublime, y si el público no está para el paso, corre riesgo de parecer hueco y campanudo.

Afortunadamente la noble pasion que inspiró en sus primeros años al Sr. Magariños Cervantes su drama, vive todavia en el público que lo escuchaba, encontrándose así el *parterre*, á la altura de la concepcion. Puede usarse con impunidad el lenguaje heroico, ostentando el sacrificio de las mas caras afecciones, ante un público compuesto de jóvenes que no hace dos años se batian en las calles de Buenos Aires, ante matronas que hacian salir sus hijos á la linea, ante doncellas que no sonreian sino al que las traia el glorioso olor de la pólvora, en

prueba de defender la libertad de su patria. Los epítetos de proscrito, emigrado, tiranos, suenan mal hoy en todas las escenas, menos en la patria de los tiranos vencidos, de los proscritos vueltos á su patria, de los esclavos que han roto briosamente sus cadenas. Por eso las alusiones políticas obtenían descargas de aplausos siempre; las protestas de morir ó vencer, truenos y tormentas.

Aparte de esto, y en despecho de algunas escenas que por mal preparadas resultaron grotescas, y acaso un exceso de savia que el autor debiera moderar en nuevos ensayos, no prolongando demasiados diálogos y monólogos, la parte dramática se sostiene con interés, el final del tercer acto es verdaderamente dramático, y el desenlace del drama bien agenciado, con su cañoneo y fuego de fusilería que hacía saltar de los bancos á la juventud, recordando las emociones del sitio, con la marcha triunfal que hasta nosotros nos crispaba las fibras, con la aparición de la tropa de línea, la misma tropa que se batió á nuestro lado y las mismas mismísimas banderas oriental y argentina que flamearon juntas en Caseros.

En cuanto al desenlace final, á eso de volver á la refriega, las campañas y las aventuras, dejando plantada la novia, nos parece un poco durillo, ahora que estamos lejos de aquellas épocas, pero así es la virtud, y así debe ser. Colocados en un palco oriental, y viendo de cerca las cosas como son en sí, es decir endiabladamente picarescas, créemos que el autor admira la virtud del patriotismo en razón de lo imposible que le parecerá llevarlo hasta ese extremo. ¿Por qué no llevársela consigo robada ó como mejor pueda, ya que no quiere ser súbdito brasileiro?

Domingo F. Sarmiento.

PERSONAJES

ILONCIO DE ALVAR NUÑEZ	Gefe de los	—	Sr. D. JOSÉ ORTIZ.
ADOLFO		—	" " VICENTE R. JORDAN.
JULIAN		—	" " N. CHESO.
AUGUSTO, anclano.		—	" " RAFAEL JOVER.
ESTELA, hija de		—	Sra. Da. MATILDE DUCLOS.
Da. ROSA, hermana de		—	Sta. Da. ROSARIO SEGURA.
D. PEDRO, sacerdote		—	Sr. D. JUAN GARCIA.
ALBERTO, cap. de cazadores al servicio del Brasil.		—	" " JORGE PARDINAS.
JUSTINA, criada.		—	Sta. Da. CAROLINA DUCLOS.
UN CARCELERO.		—	" " N. N.
UN CRIADO		—	" " N. N.
CONJURADOS, TROPA, PUEBLO		—	COMPARSAS.

La escena pasa en la Villa de San Gabriel, Brasil, fronteriza al Estado Oriental, en el primer tercio de este siglo.

ACTO PRIMERO

Aposento con dos puertas laterales y una al frente; á un extremo una mesa con útiles de escribir, libros, etc, Estela con un bordado pequeño que tiene sobre las rodillas, se ocupa en bordar, con aire preocupado é impaciente, dejando traslucir una grande exaltacion mental, mientras su madre mantiene friamente la conversacion con Adolfo y Julian.

ESCENA PRIMERA.

D^a. ROSA, ESTELA, JULIAN, ADOLFO.

Adolfo Ese es el mundo, señora, el débil, el desgraciado, en vano llama á la puerta del poderoso, sí, en vano!

Da. Rosa Que quereis? pueden mil veces hallarse en el triste caso...

Julian Nosotros hemos sufrido cuanto puede un pecho humano soportar, y en la desgracia nunca la frente doblamos.

Adolfo Orientales y proscriptos

de nuestro suelo adorado,
viendo á nuestra patria siempre
en poder de los extraños,
tan codiciada de todos,
combatiendo sin descanso
contra el ingles y el ibero
y el portugues.

Julian

Que á su carro,

vendiéndose por amigo,
al fin logró sugetarnos!

Adolfo

Los que resistir quisimos
cual raza de condenados,
vencidos, sin esperanza
por el Brasil divagamos:
y doquier que fugitivos
dirijimos nuestros pasos
allí mas cruel nos persigue
nuestro implacable tirano.
(Pero el día no está lejos
de romper su yugo infando!)
(Pobres proscriptos!

Estela

Adolfo

Doquiera

hay satélites y esclavos,
hay policia, hay espías,
traidores y mercenarios.

Da. Rosa

Pero si sois tan indómitos,
tan pertinaces!

Adolfo

Acaso

es un delito el deseo
de ser libres, y esforzados
combatir por los derechos
mas caros y sacrosantos?

Da. Rosa

Portugal es un coloso
comparado al pobre Estado
Oriental, y en anarquía,

divididos, sin amparo,
cómo quereis contrastar
su gran poder?

Julian

Peleando

hasta rendir el aliento.
(Pobres proscriptos!)

Estela

Da. Rosa

No alcanzo

de que utilidad sea eso;
solo os traerá desengaños.
Y no creais que así hable
porque os desprecie, al contrario;
habeis visto con que gusto
asilo en mi casa he dado
á vuestro amigo.

Adolfo

Por cierto,

sin saber quien era.

Julian

Rasgo

Adolfo

digno de un angel!

Leoncio

se manifiesta muy grato
á la estima y confianza
que le demostrais.

Da. Rosa

Amparo,

bajo el techo de mi casa
siempre encontró el desgraciado,
y luego, por otra parte,
como ya sabeis, mi hermano
es Oriental, yo Argentina
y aunque unida á un lusitano,
jamás olvidar podría
que mi esposo infortunado
debió á un compatriota vuestro
la vida y honor acaso.
A D. Florencio Alvar Nuñez,
el noble y valiente anciano

Julian

que hasta bajar a la tumba
ha luchado brazo á brazo,
contra el vil usurpador,
muerto al fin, pero no esclavo!

Adolfo Y con igual heroismo,
y volcánico entusiasmo,
su hijo por la misma senda
marcha también esforzado.
(Y no muy lejos se oculta.)

Da. Rosa Y con todo, inútil, vano
vuestro empeño me parece,
nunque os compadezco y hago
votos porque llegue el día
de vuestro triunfo.

Adolfo Apiadado
os oiga el cielo, Señora,
y os dé generoso en cambio
la salud que os falta.

Da. Rosa Espero
que el aire puro del campo
y los cuidados y dicha
de mi hija, que en nupcial lazo
unirse debe muy pronto
con su primo, disipando
mis pesares y tristeza
me volverán el descanso,
y la salud y alegría
de mis mas floridos años.

Adolfo Dios lo quiera! (á *Estela*) El parabien
os damos ya de antemano.

Estela Gracias mil. (con frialdad)

Julian Adolfo, creo
que es hora de retirarnos.

Adolfo Como gustéis.

Julian Pues marchemos!

Estela Tan temprano!
Julian No es temprano.
Adolfo A vuestros pies nos ponemos.
Da. Rosa Dios os guarde.
Estela Hasta otro rato.

ESCENA II.

D^a. ROSA, ESTELA:

Da. Rosa Ya se han ido, estamos solas,
Estela, dime ¿qué tienes?

Estela Nada, nada, madre mia,
vanos temores, deseche
usted, por Dios, y no crea
que algo ilícito os recele;
usted siempre ha permitido
que mi corazón le muestre.
He tenido una esperanza,
algun secreto en mi mente,
alguna duda ó desec
que al punto no os lo digere?
(Y yo la engaño, y mi labio
ternura y franqueza miente!)

Da. Rosa *Estela*, así has conseguido
que mas amor te profese;
habla sin desconfianza:
tu madre mucho te quiere.
Ay! tu madre, hija del alma,
antes de hablar te comprende,
tu sufres.... y algo me ocultas:
hija mia, dí, qué tienes?

Estela Sí, madre mia, seré franca con vos, nada debe ocultaros mi cariño.... Os diré por consiguiente que mi próximo himeneo es la causa de la leve tristeza que habeis notado en mí, estos dias.... credme! Como conozco á mi primo desde la niñez....

Da. Rosa El tiene muy buen caracter, le adornan cualidades eminentes.

Estela Pero yo... yo no le amo, yo le estimo, sin quererle.

Da. Rosa Sin embargo, no decias eso ahora cuatro meses. Por otra parte, hija mia, es preciso que al fin llegue ese dia, pues bien sabes que con él casarte debes, segun dispuso tu padre al morir.

Estela Si, algunas veces me habló de eso... pero ahora...

Da. Rosa No sé porque te arrepientes, cuando todo está arreglado, y has hecho que se cimente un compromiso muy sério para que pueda romperse sin desdoro.... Dime, Estela, dime por qué te arrepientes, y por qué no razonabas de ese modo há cuatro meses?

Estela Porque entonces, madre mia,

no medité en el solemne compromiso, cuyo plazo de aquí á seis dias se vence. (Antes que se cumpla venga, sino hay remedio, la muerte!) Quieres aplazar tu enlace? Por un año....

Da. Rosa

Estela

Da. Rosa

Y te parece

que él consienta en tal demora?

Estela

Da. Rosa

Es muy fácil convencerle.

Y si lo toma á desaire?

y si despues él no quiere?

Estela baja los ojos: su madre la contempla con vista indagadora; se oye el preludio de una guitarra, y en seguida cantan de adentro!

«Luchando con su destino
«y abandonado al dolor,
«nadie rie al peregrino,
«nadie, nadie le dá amor!

Estela

(Es la señal de la cita, la última vez que he de verle!)

Da. Rosa

Ya me fastidia ese hombre tan misterioso y doliente....

Pero es político, á té pues canta y no sale á verme.

Estela

Da. Rosa

Es tan desgraciado.....

Bueno

él nada gana ni pierde; dejemos eso, y volviendo sobre lo que tu pretendes, siento decirte que es fuerza que lo consultes en breve con tu tutor, con tu tio;

él te dirá lo que debes hacer.

Estela Pero si es mi tío sacerdote, anciano, y tiene conmigo tanta reserva, que temería....

Da. Rosa ¿Qué temes?

No te asuste su carácter y gravedad aparente: bajo la nieve que cubre su cabeza, inquieta hierve un alma tierna, sensible fogosa, entusiasta, ardiente.

Estela Sé que un amor desgraciado en la edad de los placeres envenenó sus mas bellos años de ilusion celestes; y cansado de la vida sin que el mundo le ofreciese mas que pesares y tedio; desesperado, en la muerte quiso buscar un remedio á su dolor.

Da. Rosa Mas valiente, no sacrificó su vida de un modo torpe ni estéril. Se alistó bajo la enseña de los libres insurgentes, y luchó catorce años con fortaleza de héroe contra el español.

Estela Y es cierto que ansioso buscó mil veces, sin poder hallarla nunca, en todas partes la muerte?

Da. Rosa Sí; hasta que ya cansado, sin que su dolor cediese, se arrojó en brazos del cielo y renunció para siempre al mundo; entonces tenias tú, seis años solamente, y le suplicó á tu padre le dejase distraerse educándote y formando tu corazón inocente: antes de morir tu padre, le reemplazó.

Estela (Y no poderle decir la verdad, Dios mio!)

Da. Rosa Pero ¿qué es eso?... qué tienes? que tu semblante se altera y tu color palidece?

(Estela lleva el pañuelo á sus ojos.)

Por qué sofocas el llanto? qué mal reprimido hiende tus mejillas?

Estela Oh! no es nada.

Da. Rosa Dios mio! tú tienes fiebre, tu frente abrasa.

Estela No es nada, solo que un poco me duele la cabeza.

Da. Rosa Vamos, vamos á tu cuarto; ven que debes dormir un poco.

(Toca el cordón de una campanilla.)

Estela (Dormir! Pero dormir para siempre!)

ESCENA III.

DICHAS, JUSTINA

Justina Llamaba usted?
Da. Rosa Sí: apenas
llegue mi hermano, prevenlo
que hoy no dá lección Estela,
porque está con mucha fiebre,
y véme á llamar al punto,
que hablar con él me conviene.

ESCENA IV.

JUSTINA SOLA.

Se ha enfermado Da. Estela!
vaya un lindo disparate!
sin duda por la cartita
que le he entregado esta tarde.
Vaya! vaya!... mucho temo
que al fin y al postre no acabe
por descubrirse el enredo....
Pero es tan bueno y afable,
tan generoso y atento
que aunque una quiera negarse
á sus descos, no puede....
no temo que se desmande;
la ama de veras....

ESCENA V.

JUSTINA Y D. PEDRO *que entra por una de las puertas laterales.*

D. Pedro Tus amas?

Justina La señora poco hace
aquí con la señorita
estaba, que fué á acostarse
algo indispuesta.

D. Pedro No sabes
la causa?

Justina No, pero creo
que será tal vez el aire
que en el jardín tomó anoche
paseándose algo tarde.

D. Pedro Nada te encargó mi hermana?

Justina Dejó dicho que al instante
que llegaseis, sin tardanza
fuese adentro y le avisase.

D. Pedro Pues marcha.

Justina Voy al momento...
(A prevenirlo al amante.)

ESCENA VI.

D. PEDRO *paseándose inquieto.*

Muchos cuidados me causa
la tierna salud de Estela;

es tan sensible! revela
tanto idealismo y pasión!
un alma tiene tan bella,
tan simpática, y no obstante
no puede en el mundo ella
ser feliz... ángel nació!
Demasiado perfecta
en este mundo de barro,
que huella en triunfante carro
cuanto en el divino hay!
mundo de engano y miseria
donde se calcula todo,
en donde el cuerpo de lodo
vence al alma celestial!
Imposible! el alma fuya
no pertenece á la tierra,
en valde el criador la encierra
en su cárcel terrenal;
ella, al sacudir sus alas,
romperá sus ligaduras,
y á otras regiones mas puras
alzará su vuelo audaz (pausa.)
Va á casarse.... mas no ama
á su primo.... y desconfío
que ya no adore ¡Dios mio!
á otro hombre de mas valer:
al proscripto que se asila
en esta casa, al guerrero,
al gallardo caballero
que aun no sabemos quien es.
Su belleza y ese mismo
misterio que le rodea,
el fuego que centellea
en su arrogante mirar;
su aire varonil, su acento

tan dulce y apasionado,
sin duda le han fascinado
y ciega le adora ya!

ESCENA VII.

D. PEDRO, Da. ROSA.

Da. Rosa Con ansia te aguardaba.
D. Pedro Aquí me tienes.
Da. Rosa Sabes que Estela cada vez mas triste
á su enlace acordado se resiste
y no quiere á su primo?
D. Pedro Ya lo sé.
Da. Rosa Acaso te lo dijo?
D. Pedro No, mas leo
lo que en su corazon guarda ella escrito!
Da. Rosa Entonces, á quien ama?
D. Pedro Ama al proscripto!
Da. Rosa (irritada) Engaño, necedad, calumnia es!
D. Pedro Desengáñate, Rosa, no pretendas
cerrar tus ojos á la luz del cielo;
dale á esa niña maternal consuelo,
eres su madre, su tirana no.
Hazla que mire tu disgusto amargo,
sin que lo diga tu irritado acento;
que la obediencia se trocò en tormento
desde que el padre con furor mandó.
Da. Rosa Y mi Estela, mi hija idolatrada,
tan pura, tan sensible, tan hermosa
ha podido mirarle cariñosa,
sin decirle á su madre esa pasión!

Y ha podido sufrir que un hombre extraño,
que mendigo y proscripto nos implora,
cuyo nombre es incierto y aun se ignora,
la ofreciese su innoble corazón! (*Llora:*)

D. Pedro No te aflijas, hermana, por lo mismo
que el misterio hoy encubre al desterrado,
tu juicio puede ser equivocado;
hasta aquí todo es duda y confusion.

Da. Rosa Como quieres que oculte mi quebranto
si al que amparé en mi hogar, ingrato, aleve,
á mi inocente hija, audaz se atreve
á seducir!...

D. Pedro Te ciega la pasión.
Ese hombre que así ultrajas, sin que sepas
si merece tu cólera, no puede
ser un hombre infeliz que solo cede
á una invencible inclinación fatal?
El que ha luchado por la patria, y huye
proscripto por la saña de un tirano,
ese hombre... no puede ser villano,
y Leoncio es proscripto y Oriental!

Da. Rosa No aborrecer al hombre depravado
que se empeña en robarme mi ventura?
Imposible! mi labio te lo jura:
yo sabré su insolencia castigar!
tu si quieres recuerda los sagrados
vínculos que nos unen, y no en vano
cual ministro de Dios y como hermano
mires la infamia en el paterno hogar.

D. Pedro No la veré jamás: soy sacerdote
y tu hermano además; santo y divino
es mi noble carácter; nunca indino
mi paternal cariño lo olvidé.
Recuerda y dime ¿no idolatro á Estela?
No es de mis canas el postrer consuelo?

Pero mi frente no la cubre un velo
y con tu saña no transijo yo.
Entonces quieres que su amor consienta?

Da. Rosa Estela es rica y á la vez hermosa,
nada le falta para ser dichosa
sino un esposo que la dé el amor;
infórmate con calma, y si ese hombre
es digno de poseerla, aunque sin bienes,
la vida de tu hija no envenenes,
por un poco de oro y de esplendor!
Da. Rosa Y su anterior empeño, el compromiso
que tiene con su primo?...

D. Pedro Si viviera
tu esposo, hermana mía, le rompiera,
si su hija infeliz había de ser.

(*Da. Rosa hace un gesto negativo.*)

Conozco con dolor que la discordia
clava en tu corazón aguda espina,
pero soy el tutor de mi sobrina
y hablarte de este modo es mi deber.
Da. Rosa Qué quiere decir eso?...

D. Pedro Que incansable
siempre en mi puesto me hallarás de frente,
allí elevando mi plegaria ardiente
que suba al cielo con humilde voz.
Tú me conoces, mi carácter firme
jamás se dobla con mentido halago;
y si alguno me agravia, yo le pago
según el modo que me dicta Dios.
Da. Rosa Pues bien, qué quieres? que tolere, en tanto,
de ese mendigo la insolencia loca,
cuando mi rabia, mi furor provoca
y con mi rabia me consumo yo?
Quieres que pierda su brillante enlace

con ese jóven que la adora tanto?
quieres que corra mi apagado llanto?
D. Pedro El labio sella: D. Alberto entró.

(D. Pedro toma una silla, se sienta cerca de la mesa
y se pone á leer.)

ESCENA VIII.

DICHOS Y ALBERTO.

Alberto *Entra con aire petulante estregándose las
(manos.)*

Buenas noches ¿qué se hace?
Señora.... Pero qué veo?...
Esa ajitacion....

Da. Rosa No es nada.

Alberto Sin ofender el respeto,
es dable saber la causa?

Da. Rosa Yo te la diré, sí, Alberto;
tu la sabrás.... mas no ahora,
sino á su debido tiempo.

Alberto Pero, señora, que obstáculo....
No lo concibo por cierto.
Vamos, hablad.

Da. Rosa *(Haciendo una seña para donde está D. Pedro.)*

No te lo he dicho
que en este instante no quiero?

Alberto Oh! perdonad.... mi carácter
es una chispa de fuego.
Soy impaciente, aturdido....

Da. Rosa Y caprichoso y muy terco.
De afuera vienes? que hay,

y que se dice de nuevo
por la ciudad?

Alberto

Se murmura
que se sublevan los pueblos
en el Uruguay, y fuertes,
con el ausilio porteño,
piensan echarnos á palos
de su infiel Montevideo.

Mis paisanos están locos....
Treinta y tres aventureros,
con Lavalleja á su frente,
han concebido el homérico
proyecto de emanciparse
de todo yugo extranjero.

Da. Rosa

¿Y era verdad lo del chasque?

Alberto

Sí, y ha traído dos pliegos
donde señalados vienen
varios prófugos que huyendo
están aquí en la frontera
no sé qué plan.... Por supuesto,
apenas caigan.... *(Señal de fusilar.)*

D. Pedro

(Apoyando la cabeza en su mano)
(Tan niña

y su porvenir tan negro.)

Alberto

(Llevando á Da. Rosa á un lado de la Escena)
Qué sucede?

Da. Rosa

La paciencia
quieres apurarme, Alberto?

Alberto

Vaya, señora, decidlo
de una vez!

Da. Rosa

Pues oye, necio!
Tu esposa futura, Estela,
quiere á otro.

Alberto

¡No lo creo!

Da. Rosa

Mejor para tí.

Alberto (*con fatuidad*) Ni en broma
puede pasar. No comprendo
quien pueda ser rival mio
aquí.

Da. Rosa (*á media voz*) El proscripto.
Alberto Sospecho
que os burlais de mí

Da. Rosa Qué torpe!
Ven conmigo á mi aposento.

(Se dirige con él á la puerta, pero repara que D. Pedro los observa al descuido, y le dice con algun embarazo:)

D. Pedro Hermano, quieres venir?
Alberto Con mucho gusto.
(*Dando el brazo á Da. Rosa*)
Veremos
lo que hay de cierto.

(Se dirigen á la puerta por donde salió Estela con su madre:
al llegar al umbral Alberto retrocede sorprendido.)

Dios mio!
Será verdad lo que veo?
El és, sí, él es quien sale
del cuarto de Estela.

D. Pedro Cielos!
Da. Rosa Ah! qué ignominia!
D. Pedro Es Leoncio!
Alberto Es el proscripto!
Da. Rosa Perverso!

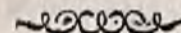
(Los tres actores pronuncian las últimas palabras y se precipitan al interior simultáneamente, Leoncio se detiene en el umbral.)

ESCENA IX.

DICHOS, LEONCIO.

Leoncio Señora....
Da. Rosa (*sofocada de cólera*)
Ni una palabra
Marchaos de casa al momento!

CAE EL TELON.



ACTO SEGUNDO

Jardin con una verja de hierro al frente, cuya puerta estará abierta: á la izquierda del espectador se vé parte de una escalera que comunica con las habitaciones superiores. Cerca de la verja por la parte de la calle hay un farol. Al levantarse el telon, aparece Leoncio y Justina al pié de la escalera, mirando hácia arriba con impaciencia. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

LEONCIO, JUSTINA.

Leoncio No vendrá, no.
Justina Sí, señor.
Leoncio Pues vive Dios que ya tarda!
Justina Tal vez recelosa aguarda
á que su madre y tutor
se reunan á charlar
como suelen á esta hora,
y cuando esté la señora
mas engolfada, salvar
de dos brincos la escalera
y con paso acelerado
venir donde enamorado

Leoncio su fiel amante la espera.
Como es tan fatal mi estrella
hoy acaso Da. Rosa
no tenga ninguna cosa
que hablar con D. Pedro...

Justina Ella!

Vaya, vaya! pues son pocas
las noticias y rumores
que se oyen entre clamores
sonar en todas las bocas.

Leoncio Qué ocasiona esos rumores?

Justina La llegada repentina
de una columna argentina
por estos alrededores.

Leoncio Y como estamos en paz...
Justina Octaviana.

Hay quien añade
que Buenos Aires invade
nuestra tierra, porque audaz
y torpe alianza ha hecho
con los viles Orientales
á nuestro rey desleales
del argentino en provecho.
Todo el mundo teme...

Leoncio ~~Cala~~ *Feito*.

y de razones acorta,
que eso á mí nada me importa
ni á tí tampoco... (~~Canaña~~) *imprudente*.
Dime, ayer noche, despues
que de esta casa salí,
tan afrentado, ay de mí!
por tu ama y el soez
sobrino suyo insolente
á quien no arranqué la lengua
porque no cayese en mengua

el honor de la inocente
muger, que mas que la vida,
la honra y buen nombre adoro,
el vil manchó su decoro,
y su madre enfurecida
la ultrajó sin compasion?
El la dijo una docena
de insultos, que muy serena
oyó sin contestacion
su futura; mas la madre
añadió con torva faz:
Estela, te casarás
que te cuadre ó no te cuadre,
de aquí á seis dias.

Justina

Leoncio

(Si en tanto

á impedirlo yo no acierto.)

Justina

Serenóse D. Alberto

y deshízose ella en llanto.

Y por eso hoy muy temprano
me llamó á su gabinete
y la llave y el billete
que os dí me puso en la mano,
diciéndome que queria
una vez tan solo hablaros
por vez última y jururos
que por nada cedería:
que siempre constante y fiel
os guardaría su amor,
consagrándose al Señor
primero que ser infiel:
que ni el tiempo ni la ausencia
mitigarían la llama
que su corazon inflama
y dá aliento á su existencia:
que siempre pensando en vos

hará de su pecho un ara
donde vuestra imájen cara
pueda adorar como á Dios.

Leoncio

Y no venir!

(Saca el reloj y mira la hora con ansiedad.)

Y veloz

el tiempo, el tiempo se pasa!

y mis amigos en casa
esperándome!... Gran Dios!

Si no ha de venir, Justina,

vé y dila que por piedad

no me oculte la verdad.

Vé, y dila si no adivina

toda la angustia y tormento

que destrozando mi alma

sin un instante de calma

bullir en mi pecho siento.

Vé, y dila que es mas horrible

tormento la incertidumbre,

que el ominoso vislumbre

de la verdad mas terrible.

Justina

Se lo diré (y por si acaso

arriba me quedaré.)

Leoncio

Toma, toma. (*La dá un bolsillo.*)

Justina

(*Alargando la mano*) Quite usted!...

Leoncio

Hazme el favor...

Justina

Vaya un paso
comprometedor. (*Vase.*)

ESCENA II.

LEONCIO (*solo.*)

Ahora.

Corazon, ea, altivez!

y en esta terrible hora
de la fortuna traidora
no te humilles á los piés.

(*Saca una carta.*)

Aquí mi secreto está,
aquí encontrará mi nombre,
y venga ó nó, al fin sabrá
que de ella era digno el hombre
que errante y proscripto va.
Mañana, tal vez mañana,
por no doblegarse al yugo,
bajo el hacha del verdugo
caerá mi cabeza... y vana
será mi esperanza... ufana
vencerá la tiranía,
y sobre la patria mía
clavará su enseña, roja
del llanto que en su congoja
cambia en sangre la agonía!

(*Pausa—guarda la carta.*)

Y tal vez mañana alumbre
puro un fol de libertad,
y á su fúlgido vislumbre
nuestra odiada servidumbre
se trueque en felicidad.

Ea, corazon! valor:
una vez sola se muere:
sucumbe, pues, con honor
por la patria y el amor
si tu estrella así lo quiere.

(Al empezar la última quintilla, Estela aparece en la escalera;
se va acercando lentamente de modo que al acabar, se en-
cuentra cerca de Leoncio, que no la vé hasta que ella le nom-
bra)

ESCENA III.

LEONCIO, ESTELA.

Estela
Leoncio

Leoncio!

Estela! mi ilusion, mi vida!
ven á volverme mi perdida paz!

Estela, sabes lo que ayer tu madre
me dijo altiva con airada faz?

Estela

Lo sé, y de fuego devoré una lágrima
cuando mendigo te escuché llamar:
pero me amas, no es verdad? me amas?
qué culpa tengo si enojada está?

Leoncio

Yo no te acuso, que jamas mi labio,
jamas, mi Estela, te acusó, jamas;
pero soy hombre y en mi pecho aliento
un alma noble que humillada está.

Ardiendo en santo amor, demente y ciego
quise elevarme y hasta ti llegar,
pero insensato! me olvidaba entonces
que era proscripto y desdichado asaz!

Estela

Leoncio, dime, te he querido nunca
por tu riqueza ó posicion social?
Has olvidado que pudiendo hacerlo,
ni aun tu nombre me atreví á indagar,
y que tranquilo palpité mi pecho
hasta el momento que te ví?

Leoncio

Es verdad:

pobre y errante, herido, febriciente
ocultando mi nombre á los demas,
pedí asilo á tu madre que bondosa
sin querer mis secretos penetrar

al proscripto dió asilo, confiada
 en su nobleza y pundonor quizá.
 Te ví y te amé con el delirio ciego
 con que se ama en la primer edad,
 con ese amor sublime, indefinible
 que se puede sentir, mas no espresar.
 Tú me amaste tambien... y si de nuevo
 mis heridas se abrieron en tu hogar,
 si casi muero de ellas, las bendigo
 porque nació tu amor de la piedad.
 Te acuerdas cuantas veces despertando
 te encontraba á mi lado, y palpar
 bajo tu mano trémula de virgen
 sentí mi corazón, que en un ~~voluptuoso~~ *ardor*
 de pasión y delirio parecía
 quererse por mis labios exhalar,
 al clavarse en tus árabes pupilas
 mis ojos atraídos por su imán:
 cuando mis labios trémulos apenas
 una sola palabra en su ansiedad
 podían pronunciar, y “yo te amo!”
 murmuraba tu mano al estrechar.
 Tú mil veces, Estela, ¿lo recuerdas?
 respondiste con eco divinal:
 “Yo te amo... no!... te adoro, te idolatro,
 vivir contigo ó sucumbir al par,
 es cuanto pido á Dios!”

Estela Y te prometo
 amarte de ese modo hasta espirar.

Leoncio Pues bien, escucha: ya llegó ese instante;
 ante un gran sacrificio, temblarás?

(Pausa—Mira alrededor.)

Yo soy Leoncio de Albar Nuñez, jefe
 de la indomable montonera audaz
 que en las fronteras del Brasil, refugio

tuvo tras la derrota que buscar.
 Esa fuerza argentina que ha llegado,
 de alzarnos otra vez es la señal.
 En San Gabriel hay muchos prisioneros:
 ponerlos es preciso en libertad,
 y unidos Orientales y Argentinos
 lanzarnos otra vez al Uruguay.

Estela Las tropas que guarnecen este punto
 son numerosas, y sin duda están
 prevenidas.

Leoncio El fuerte tomaremos
 por asalto de noche.

Estela Leoncio, vas
 á sucumbir!

Leoncio No! voy, alma mía,
 elementos de guerra á conquistar,
 y apenas lo consiga, mi alta empresa
 iré á dar cima en la región natal.
 Yo no puedo perderte, ya has oído
 el fallo de tu madre sin piedad;
 sí, de aquí á cinco días á otro hombre
 en maldecido lazo te unirás;
 tu palabra le has dado, él la reclama
 y ya no puedes, no, volverte atrás...
 Es fuerza que me sigas ahora mismo:
 es fuerza que un ministro del altar,
 aunque sea en secreto, santifique
 el doble juramento....

Estela (Saltando su mano con frialdad.) Ah! no, jamás!

Leoncio Es ese, Estela, el decantado afecto,
 es esa, Estela, la pasión veraz,
 el amor invencible, el sacrificio
 con que ahora sabes mi dolor burlar.
 (Vuelve á tomar su mano.)

Pero no!... Escucha: considera solo

que el tiempo vuela, que se va fugaz,
mira mi rostro que el pesar marchita,
mírame al menos una vez...piedad!
Estela! Estela! compasiva vuelve
tus ojos hácia mí!

Estela No, no, jamas!

Leoncio Perdona, Estela, si mi labio impuro
mancharte pudo con empeño audaz;
mi frente quema devorante llama...
ardiendo en un infierno mi alma está!
Perdon te pido de rodillas... mírame
compasion á tus plantas demandar.

(*Se arrodilla.*)

Estela Alza, Leoncio, te perdono... alza!...

Yo te perdono, pero no hables mas!

Leoncio Mi cielo! Escucha: por la vez postrera
deja á tu amado delirante hablar.
Desprecia al mundo que se arrastra ciego
tras un fantasma que no vió jamás.

Yo solo tengo un corazon de fuego
y un alma noble que poderte dar,
y nada quiero, ni codicio nada
si tu belleza y corazon me das.

Estela (*Enjugándose algunas lágrimas.*)

Son tuyos, mi Leoncio.

Leoncio En la desgracia

ó en próspera fortuna, tu serás
mi consuelo, mi dicha, mi esperanza,
de mi gloria el divino talisman.

Yo tu esclavo seré, y á una mirada,
á una voz de tus labios, sin pesar
por mirarte feliz, no hay sacrificio
de que no fuese yo por tí capaz.

Estela Dame valor, Dios mio, porque siento
que las fuerzas me faltan.

Leoncio Y podrás
ser insensible á mi dolor? Estela,
tú no comprendes mi horroroso afan...
Si amases como yo!...

Estela Basta, Leoncio!

Juzgas que no te amo, no es verdad?
Mira: mil vidas espusiera juntas,
daria con placer mi eternidad
por no verte infeliz y maldiciendo
ese amor tan sublime y celestial.
Yo te siguiera por doquier errante,
todo me vieras con valor hollar;
con gusto aceptaría la miseria,
el deshonor, el luto, la horfandad.
Y qué importaba si execrado labio
mi nombre solo se atrevía á manchar?
Pero mi madre!... me la ha dado el cielo
y no merece una ignominia tal!

Leoncio Tu madre, Estela! por ventura debes
como una esclava su capricho honrar?

Estela No: pero debo respetarla siempre
porque gravado yo le siento aca (*señala el pecho*)
porque no es hija la que así abandona
por un amante su materno hogar;
porque tu mismo te dirias mas tarde:
"Pudo ingrata á su madre abandonar!"

Leoncio Yo te amaria con mi vida y alma
tu para mí serias cuanto hay,
el polvo de tus plantas besaria,
á Dios adoraria en tu beldad!

Estela (*precipitadamente*)
Siquiera una vez sola, oye á lo menos
oye el acento de mi amor veraz:
te prometo, te juro que ninguno
tu lugar en mi pecho ocupará,

que ni nada ni nadie podrá hacerme
la promesa que te hago, perjurar...
Yo tengo la certeza que mi madre
á mis ruegos al cabo cederá...
Yo no quiero dejarla... yo no puedo,
yo no debo su vida emponzoñar,
yo no puedo, Leoncio (*Llora*)

Leoncio

Mujer pérfida,
tan débil como ingrata y desleal,
fui un imbécil creyendo tus palabras
engañosas!

Estela

Leoncio

Leoncio!

Es un volcan
sin cabeza... estoy loco... me parece
que te he ultrajado, sin motivo—ah!
Me ciega mi dolor, perdona, Estela,
yo soy la sierpe que te arrastra al mal.
Enjuga el llanto que en raudal copioso
resbala ardiente por tu bella faz!
Perdoname, bien mio, y para siempre
sí, para siempre á Dios!

Estela

Leoncio

A donde vas?

Voy á la tumba á demandar la calma
que ya en el mundo para mí no hay,
Ven, te perdono... pero qué pretendes?
quieres mi infamia con tu amor comprar?
Quiero arrancarte de esta casa, quiero
llevarte donde ufano pueda alzar
mi frente de hombre libre y libres ambos,
cual aves que arrebató el huracan,
en un sueño divino adormecernos
á los gritos de patria y libertad;
vivir con tu recuerdo y conquistando
fortuna y nombre para tí inmortal,
cuando el hosanna ~~triumfador~~ resuene,

triumfador

gozar de tus caricias el iman,
consagrarte mi gloria, mi existencia,
cuanto alcanza mi mente á idealizar;
dedicarte las horas, los minutos,
disfrutarlos contigo en dulce paz,
y si no quieres aceptar mi mano
en silencio poderte idolatrar!

Ven, angel mio! (*La toma del brazo*)

Estela

Resistir no puedo...

No puedo encadenar mi voluntad...
Tú lo quieres, Leoncio, sé dichoso,
aunque luego yo muera de pesar!

(*Se dirigen á la puerta*)

ESCENA IV.

ESTELA, LEONCIO Y Da. ROSA.

Estela

El cielo me ampare!

Mi madre!

Da. Rosa

Que horror!

Qué hacías aquí
sin saberlo yo? (*La toma de la mano.*)
Y vos, caballero,
aún sin pudor
volveis á mi casa
prohibiéndolo yo?
No os dije ayer noche,
quereis mas razon,
que sois un mendigo
y un vil seductor?

Durante este intervalo Leoncio habla en voz baja á Estela.

Leoncio Estela! mi Estela!
Estela No tengo valor.
Da. Rosa Marchemos de aquí!
(Hace un movimiento para llevársela.)
Leoncio No irá, vive Dios! *(La toma de la otra mano)*
 Estela, me amas?
Da. Rosa Tu madre yo soy!
Leoncio Tu gloria, tu vida,
 Leoncio, tu amor!
 Estela, me amas?
Da. Rosa Estela, por Dios,
 qué tienes? qué piensas
 que no oyes mi voz?
Leoncio Recuerda mi llanto,
 mi angustia y dolor.
Da. Rosa A Dios, hija ingrata!
 tal vez abusó
 de tu inesperienza
~~me enseñó a amar!~~ *(Suelta su mano)*
Estela que durante esta escena debe estar continuamente mirando á uno y á otro con la mayor irresolucion y como luchando con su amor y deber, vuelve á tomar la mano de su madre y esclama apresuradamente:
Estela Mi madre, Leoncio...
 qué puedo hacer yo?
 decídmelo pronto,
 decidlo, por Dios!
Da. Rosa Mi hija!
Leoncio Mi esposa!
Estela Yo soy de los dos! *(Abrazándolos á un tiempo)*
Leoncio Tú solo eres mia!
Da. Rosa Tu madre soy yo!
Estela Soltadme, Leoncio! *(Llora)*
Leoncio Su madre triunfó!

Se golpea la frente con las dos manos y se deja caer sobre un banco de piedra: en seguida se levanta frenético y esclama:

ESCENA V.

LEONCIO SOLO.

Leoncio Amar á una mujer, sentir por ella
 cuanto puede sentir un pecho humano
 de pasion y delirio, consagrarle
 su esperanza, su vida, su lozano
 porvenir, las brillantes ilusiones
 que el corazon aun vírgen atesora,
 vivir solo por ella y para ella,
 su imágen recordar á toda hora,
 forjarse un paraíso de la tierra
 y desear un trono, solamente
 para sentarla en él y arrodillado
 dō pusiese los piés poner la frente!
 Ah! tal era el amor con que yo amaba
 á esa mujer aleve que perjura,
 por un necio deber así traidora
 me roba para siempre mi ventura!...
 Descaria tener fuerza bastante
 para arrancarme el corazon del pecho
 que la ama todavía; y maldiciéndola
 tirárselo á los piés pedazos hecho!

ESCENA VI.

LEONCIO Y ADOLFO.

Adolfo Leoncio, desde las nueve
 sobresaltados te aguardan

muchos de los conjurados,
reunidos allá en tu casa;
cansados ya de esperarte
en conjeturas divagan,
temiendo que no te hubiese
sucedido una desgracia
llenos de temor y angustia
me envían en tu demanda.
Pero qué tienes? Tu rostro
intenso dolor retrata;
qué te ha pasado?

Leoncio Preguntas
por qué está triste mi alma?
Por qué no acudo á la cita
dó patria y honor me llaman?
Por qué insensato me ajito
sin un instante de calma?
En vano me esfuerzo, en vano!
Qué puedo decirte? nada,
Adolfo, nada!

Adolfo Es tan grande
tu desventura?

Leoncio Ay! Es tanta
que la razón me abandona...
Estoy loco! tenme lástima,
Adolfo!

Adolfo Jamas creyera
que así tu patria olvidáras.

Leoncio Adolfo, también soy hombre,
y me persigue y me mata
una pasión del infierno,
que no sé como se llama.
Me he visto bastantes veces
en medio la cruel batalla,
yo herido, muerto el caballo,

sangrienta y rota la espada.
He visto allí á mis valientes
antes de volver la cara,
caer á mi lado heridos
formándome una muralla!
Y todavía á los Cielos
altiva mi frente alzaba! (*pausa.*)
He visto á impíos tiranos
hollar con inmunda planta
cuanto sublime y grandioso
mi noble patria encerraba:
y en cárceles y destierros
á mi familia diezmada,
y yo proscrito, mendigo
vagando por tierra extraña,
estando ya mi cabeza
á gran precio pregonada,
y todavía á los Cielos
altiva mi frente alzaba.
Siempre altiva!

Adolfo Valeroso,
con indomable arrogancia,
en tu puesto te halló siempre
opresa, ó libre la patria.

Leoncio Despues cuando fué mi suerte
mas triste y mas desgraciada
entre esa que sociedad
por ironía se llama;
cuando el amigo me huía
y su amistad me negaba,
y solo hallaba *egoistas*
donde patriotas buscaba;
cuando sentia el lamento
que la nación exhalaba,
tendiéndonos moribunda

sus manos encadenadas;
cuando mil nobles cabezas
con mengua y baldon rodaban,
de la libertad al árbol,
cortándole así las ramas....

Adolfo Yo todavía á los Cielos
altiva mi frente alzaba!
Y ahora por qué cobarde
te humillas á la desgracia?
Puede acaso del destino
la mano ser mas pesada?
El cáliz del infortunio
heces tiene mas amargas?
Dime, dime, amigo mio,
cual es la razon, la causa
de tanta afliccion y angustia,
desaliento y pena tanta?

Leoncio *(Desde aquí el actor debe manifestarse como poseído de una súbita enagenacion mental)*

Dime tú como se sufre
cuando á una mujer se ama,
no con amor, con delirio,
con frenesí; con un ansia
que nuestras ideas todas
concentra en una volcánica?
Cuando infeliz y proscripto
la suerte nos arrebató
la última ilusion, el último
lazo que al mundo nos ata?

Adolfo Justo es tu dolor, no obstante
al lado de la desgracia
ó el triunfo que nos espera,
que vale la mas preciada
mujer?... Leoncio de Albar Nuñez,
la frente abatida alza,

y recuerda únicamente
que tus amigos te aguardan,
y con ellos, ensillado,
tu caballo de batalla.

Leoncio Partir ahora... imposible!...
La sangre hirviendo me abrasa!
Quiero hablar con D. Alberto
con su madre despiadada,
y sea de grado, ó por fuerza
conmigo quiero llevarla!

Adolfo (Loco está!) olvidas la hora,
y el tiempo volando pasa.

Leoncio Y qué me importa, si en tanto
la pierdo yo, y se me escapa?
Qué me importa! Si la dejo
allí! la casarán mañana,
y sin ella ¿qué es la vida,
qué es la gloria, qué es la patria?

Adolfo Leoncio, mira que echas
sobre tu nombre una mancha
perpetua é indisoluble
que escribe en tu frente infamia!

Leoncio *(sacudiéndole del brazo colérico)*
Y tú me la volverás
si yo la pierdo mañana?

Adolfo *(indignado)* Adios, entonces, cobarde;
á tus pasiones alhaga,
y olvida así tus deberes,
juguete vil de una dama!

Leoncio

Adolfo *(dirigiéndose á la puerta.)* (Lo siento, pero
es fuerza que así lo haga.)

(Leoncio turbado muestra una irresolucion decidida. Adolfo se para en el dintel y le contempla enternecido; Leoncio le vé y baja la vista: Adolfo vuelve precipitadamente á la escena:)

Adolfo Sofoca, amigo, sofoca
esa pasión insensata;
vuelve otra vez á la senda
que tu deber te señala,
y si esa razón patente
para tu amor ya no basta,
recuerda que la llanura
de cráneos está alfombrada;
que en nuestros desiertos campos
mil sombras nocturnas vagan,
que hubieron odiosa muerte
en negra y atroz celada,
y que sus huesos crujendo,
en medio de la borrasca,
con ruido sordo y lejano
están gritando: venganza!
Venganza, Leoncio!...

Leoncio Pero....

Adolfo yo no puedo abandonarla.
Recuerda que asesinado
murió tu padre, y tu hermana
fué entregada al desenfreno
de soldadesca nefanda.
Pobre anciano, pobre niña!
que á tí muriendo invocaban,
y que también del sepulcro
están gritando: venganza!

Leoncio Te sigo!... espera un momento,
solo un momento!...

Adolfo No: nada!

Recuerda que en este día
la patria tal vez se salva,
si realizar conseguimos
nuestros planes sin tardanza.
Mañana será ya tarde;

la ciudad está en alarma,
y no podemos reunirnos
sin ser notados: tu falta
nos perderá;

Leoncio ¡Dios Eterno!

Entre mi amor y mi patria
puedo dudar!

Adolfo (indignado) Y aun vacilas?

Y cedes cual vil y frágil
mujer, á tu desvario?

Y aun dudas? Y no te espanta
la enormidad de tu crimen,
y la infamia que te aguarda?

(En ademán de irse)

Leoncio, si nos descubren,
si acaso la empresa falla,
tú solo tienes la culpa
y solo tú has de pagarla.
la maldición de los buenos,
del usurpador la saña,
y el odio y el menosprecio
de toda la patria raza,
te seguirán por do quiera,
hasta la tumba execrada,
y yo... tu mejor amigo,
también gritaré: venganza!

Leoncio Abrázame, noble amigo,
y pierda luego á mi amada!

ESCENA VII.

DICHOS, JUSTINA QUE LLEGA AZORADA!

Justina Huid, huid, en este instante

D. Alberto ha entrado en casa,
é informado del suceso,
en cólera ardiendo y rabia,
espada en mano, hacia aquí
se dirige.

Leoncio Bondad santa!
Tú me le traes, oh! dejadme
quiero matarle!

Adolfo Leoncio,
mira que estamos sin armas.

Leoncio (*Tentándose para buscarlas*)
No importa yo le ahogaré
entre mis manos.

Adolfo La patria
te lo prohíbe, Leoncio,
ven conmigo (*cojiéndole de un brazo*)
nos aguardan,
y un instante que perdamos
será nuestra ruina.

Leoncio (*enajenado*) Basta...
Vámonos... sí... tú, Justina...
entrega á Estela esa carta,
y dila...

Adolfo No mas, por cristo!
Que siento ya sus pisadas.

(*Le arrastra con violencia*)

Leoncio (*en el dintel*)
Y dejarla y no vengarme!...
Cuanto me cuestas oh patria!

ESCENA VIII.

JUSTINA Y ALBERTO.

Aquella esconde precipitadamente la carta en el seno, al mismo
tiempo aparece Alberto en los últimos tramos de la esca-
lera, con la espada desnuda.

Alberto Dime, dime donde está,
que hasta la cruz de mi acero
en su sangre impura quiero
empapar; dí....

Justina (*señalando con sorna á la puerta de la verja
por donde salió Leoncio?*)

Alberto Por ahí vá
Pues si se fué... pero ahora
recuerdo que cuando entré
en el seno...

Justina (*2*) que algo guardabas noté
Engañadora

Alberto ilusion vuestra fué acaso.
No fué ilusion, volo á brios!
Lo vieron los ojos míos;
Me la das ó te traspaso.

(*Hace ademán de herirla*)

Justina Virgen santa! y me la encaja!...
No te devorase un lobo!)
Tome V. (*Le da la carta*)

Alberto Piensas que bobo
soy como tú, buena alhaja?

Justina Señor, perdonad....

Alberto

Escucha,
y escuchame bien, por Dios,
que esto interesa á los dos,
pero mas á tí. Mi mucha
bondad en esta ocasion
te perdona, y tu señora
nada sabrá, mas traidora,
si con torpe indiscrecion
lo que ha pasado, refieres
á cualquiera, ten seguro,
que, por quien soy te lo juro,
á palo ó á hierro mueres!

Justina

(Y es capaz el muy villano
de hacerlo como lo dice)
Descuidad; por muy felice
me daré con que este arcano
entre los dos no mas quede.

ESCENA IX.

ALBERTO, SOLO (riéndose.)

Vive Dios! que son muy malos
los mortales, solo á palos
guiarlos al bien se puede!

(Se acerca al farol, abre la carta y apenas pasa la vista por ella,
se entrega los ojos, como dudando de lo que ha leído)

Cáspita! qué dice aquí?
Será verdad, Dios piadoso?
O yo me engaño afanoso,
ó mal las letras leí!...
(vuelve á leer.)

El motivo ahora comprendo
de su diabólica cita,
y aunque con misterio escrita
descubre un proyecto horrendo
esta carta, que firmada
está de su propia mano....
Oh! que placer! ahora en vano
querrá á mi Estela adorada!
Rival! altivo, orgulloso,
ya se acabó tu ventura:
me has de pagar con usura
cuanto gozaste dichoso.
Tengo en mis manos tu suerte;
yo humillaré tu altivez,
yo haré que beses mis piés,
yo haré que te den la muerte.

ESCENA X.

ALBERTO, D. PEDRO.

<i>D. Pedro</i>	Alberto!
<i>Alberto</i>	(Con que embajada vendrá este)
<i>D. Pedro</i>	Ese papel...
<i>Alberto</i>	Es una carta.
<i>D. Pedro</i>	Lo creo; entrégamela.
<i>Alberto</i>	Pardiez!
	Eso es muy fácil decirlo
<i>D. Pedro</i>	Lo exijo.
<i>Alberto</i>	No puede ser.

D. Pedro Vas á vengarte, á perderle
delatándole?
Alberto No sé.
D. Pedro Eres Oriental, Alberto,
y Leoncio Oriental es.
Alberto Es un rebelde.
D. Pedro Y tu eres....
Alberto (irónicamente) Un traidor?
D. Pedro Eres cruel.
Alberto Desde cuando acá, D. Pedro,
tomais vos tanto interes
por un necio advenedizo,
sin fortuna, hogar ni ley.
Un miserable emigrado
rival de Alberto.... yo haré
que se arrepienta
D. Pedro Al contrario
jeneroso debes ser,
cual fué su crimen; acaso
es un delito tener
un alma ardiente, fogosa
á quien devora la sed
de amar y de ser amado?
es un delito querer
con una pasion sublime
á un angel, no á una mujer,
como Estela? Tal vez ella
le adora ciega tambien
y no te ama...
Alberto (De los celos
va á hacerme apurar la hiel!)
Callad, buen viejo, callad,
no lo podeis entender;
estas no son letanias:
tan solo os pido guardéis

silencio, porque sinó..
Ya me conoceis.
D. Pedro Doncel,
la torpe lengua refrena
y modera tu altivez;
recuerda que en otros tiempos
ilustre espada empuñé,
y que estas canas sombrean
inmarcesible laurel:
ten cuenta que bajo de ellas,
de la juventud arder
aun se siente el fuego...
Alberto Acaso
asustarme pretendeis?
D. Pedro Alberto! Alberto!
Alberto Eh! ya basta!
No me puedo contener.
Sois un viejo insoportable;
si no reparara que
sois sacerdote, al instante
os enseñara á tener
la política y crianza
que os falta, D. Pedro, á fé.

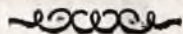
(D. Pedro dá un paso hácia él, luego se mira consternado y le
señala la puerta)
D. Pedro Soy sacerdote.... es verdad....
Sal de aquí, tú eres Luzbel.
Alberto Me voy, porque si me quedo
algun desatino haré.

ESCENA XI.

D. PEDRO, SOLO.

También esto, Dios mío! era preciso
que un imbécil mis canas ultrajase!
Soy tu siervo, señor; hasta las heces
has querido que el cáliz yo apurase!
Me ha ultrajado en mi honor, y sin respeto
á mis años de ayuno y penitencia,
"Eres viejo," me ha dicho y se ha reído
de la cruz que me dió tu providencia!
Tú lo mandas, Señor! quien altanero
puede á tu trono levantar los ojos
aunque el camino de su ingrata vida
no tenga ni una flor en sus abrojos?
Lejos de mí deseos de venganza!
De tu mano, mi Dios, soy el ungido;
no puedo aborrecerle, aunque venganza
murmura el pecho con veloz latido!
Yo le perdono.... pero al mismo tiempo
como evitar su crimen me interesa,
le seguiré como la sombra al cuerpo
y mi única venganza será esa

(CAE EL TELON.)



ACTO TERCERO

Cuarto de un particular decentemente amueblado; un escritorio á
un lado; sillas al rededor sin orden; una puerta al frente,
otra lateral con dos ventanas. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

JULIAN, AUGUSTO, WENCESLAO, MANUEL, (y varios conjurados
que no hablan.)

Augusto Por calles, templos, paseos
á nuestro amigo buscamos,
y en parte alguna le hallamos,
qué dura fatalidad!
Parece que el mismo infierno
en perseguirnos se empeña!

Wenceslao (Así al menos nos enseña
su traicion y deslealtad!)

Julian Habeis estado en la plaza?
Augusto Sí!

Julian En la trinchera?

Augusto Sí.
Julian Cerca

del cuartel?
Augusto Sí: donde quiera;
 que hasta el abismo yo fuera
 si hubiera de hallarle allí!
Wenceslao Pero, señores, sepamos
 de que se trata.
Julian Se trata
 de vencer la suerte ingrata
 que nos persigue hasta aquí.
 Se trata de tener patria,
 de dar al pueblo la mano,
 postrar un poder tirano
 y alzarnos en rebelion!
 De romper la vil coyunda
 que nuestros cuellos oprime
 para que ondée sublime
 de libertad el pendon!
 y en San Gabriel levantando
 esta noche esa bandera,
 la guarnicion prisionera
 á Montevideo llevar.
Wenceslao (á *Manuel*) Están locos.
Manuel (á *Wenceslao*) Rematados.
Wenceslao Para eso presumía
 que Leoncio ya debia
 con nosotros aqui estar
Augusto Sospecho que descubierto
 alguno le haya vendido.
Julian Lo mismo yo he presumido;
 pero no, no puede ser.
Wenceslao Po rqué, señor?
Julian Porque nadie
 está en el secreto nuestro.
Wenceslao Y si hay traicion?
Julian Y si os nuestro

que aquí no la puede haber?
Wenceslao Ustedes querrán dinero?
Augusto Union, constancia, osadía!
 que si cae la tiranía
 dinero nos sobrará!
Wenceslao (moviendo la cabeza en señal de negacion.)
 Yo por mi parte....
Manuel Veremos
 lo que Leoncio nos dice.
 Tal vez mañana felice
 la suerte les sonreirá.
Augusto (aparte á *Julian*) Son capitalistas?
Julian Hombres
 que solo dan culto al oro.
Augusto Debido al baldon y al lloro
 de todo un pueblo quizá!
Julian (en voz alta) Nosotros en vez de oro
 sangre al pueblo le daremos,
 y con sangre compraremos
 el triunfo y su libertad.
 Somos pocos, pero todos
 tienen valor y firmeza,
 y no dobla su cabeza
 la mas grande adversidad.
 Compañeros, no nos resta
 mas remedio que la muerte
 si en esta ocasion la suerte
 de nuevo nos es fatal.
 Pero un dia nuestros hijos
 verá el mundo independiente
 por los mártires valientes
 del noble pueblo oriental!
 Ven, Leoncio! do te ocultas?
 ven y llévanos á donde
 nuestro porvenir esconde

el destino abrumador!
Ven, Leoncio! y si vacilas
toma de mi pecho fuego
y venga la muerte luego
ó el infortunio mayor!
Noble entusiasmo!

Augusto
Wenceslao

Sublime,
y ojalá opine lo mismo
vuestro gefe: el heroismo
os basta para triunfar.

Varios
Julian

Silencio, vienen.
Leoncio!
la patria, el honor te llama;
se eclipsa tu ilustre fama!

Augusto

Aquí ya Leoncio está!

ESCENA II.

DICHOS LEONCIO Y ADOLFO.

Wenceslao Tres horas reunidos aquí os esperamos
y en tristes sospechas tal vez divagamos
viendo como el tiempo pasaba veloz.
y vos no veniais.

Leoncio No fué por mi culpa.
Un lance improvisado...

Wenceslao (Famosa disculpa!)
Adolfo Que haya al fin venido dad gracias á Dios.

Leoncio Puesto que reunidos estamos y creo
que el tiempo nos falta, voy como deseo
á hablaros de mi alma con todo el fervor.
Asientos, señores, tomad si os agrada.

[Se sientan al rededor de Leoncio que permanece de pié apoyado en el escritorio.]

Julian
Leoncio

Leoncio, te oimos.
Mi mente angustiada
no sabe, no sabe por donde empezár.

[Medita un instante.]

Seis años hoy hace que heridos de muerte
por el mundo errantes nos lleva la suerte,
proscriptos y errantes sin patria ni hogar!
Al fin tras la noche reluce una aurora,
que fecunda pura los campos que dora
y de la victoria nos muestra el dintel:
los valientes hijos del pueblo argentino
al fin generosos unen su destino
al nuestro y nos brindan su alianza fiel
aquí ya tenemos todo preparado,
pero en la otra orilla será malogrado
si no les prestamos un digno sosten.
Los departamentos con ansia esperando
están lo que solo les falta.

Wenceslao

Leoncio

Aguardando
que baje un arcángel del cielo tal vez.
(Imbécil) Esperan las lanzas, las balas
que dan á los pueblos gigantescas alas
cuando de su ira revienta el volcan.
Abrid vuestras arcas, señores, dinero,
y un buque les lleve, de Dios mensajero,
en vez de oro, hierro para pelear.
¿Quereis cien mil pesos prestarme al instante?
Es mucho...no puedo...y siento no obstante.
(á Manuel) Y vos caballero,

Wenceslao

Leoncio

Manuel

Estoy aun peor?
no tengo dinero de que disponer;
aquí es muy difícil...

Leoncio

No importa! vencer
sabrà de los libres el fuerte valor,

Julian ó al menos peleando con gloria morir!
Wenceslao Es loca la empresa, vais á sucumbir;
 inmensa falange juntó el opresor.
Leoncio Pues bien, moriremos! qué vale la vida!
 la patria nos llama, la patria oprimida
 y es vil, y es infame quien no oye su voz.
 Vosotros cobardes que en oprobio y fango
 en tierra de esclavos conquistais un rango,
 vivid con esclavos, esclavos vivid.
 Doblad la cabeza, postraos ante el fuerte,
 y así arrodillados recibid la muerte
 ó el oro que anhela vuestra alma servil.
 Huid! el que es hombre levanta los brazos,
 la infame cadena quebranta en pedazos
 y al rostro la arroja del déspota vil!
 Y si armas no tiene, se lanza con ella
 y rompe, y destroza, pulveriza y huella
 murallas y almenas, cañon y fusil!

.

Lo veis, mis amigos, el triunfo ó la muerte!
 No hay término medio: con ánimo fuerte
 cada uno en su puesto que le encuentre el sol.
 Cadáveres todos, ó bien coronados
 de verdes laureles, mañana esforzados
 la tumba ó la patria nos guarda su amor.
 Y no es peor, amigos, en oprobio y duelo
 la altanera frente prosternar al suelo
 y el pan estrangero con hiel recibir?
 Do quier infelices, do quiera mendigos
 sin patria ni amores, sin bienes ni amigos.....
 Mas vale con gloria peleando morir!
 Mirar en su suelo de sangre un torrente,
 el génio proscripto, la prole inocente
 nacer con la marca de esclavo; vivir

condenado á eterno vilipendio y luto,
 y criar las hijas para dar tributo
 al lecho de un amo....¡mas vale morir!

Wenceslao Es necia locura! compasion os tengo.
Leoncio Tus fueros ¡oh patria! cual puedo mantengo;
 si víctima quieres, sabré sucumbir.
 Si el Dios de los justos mi ruego no escucha,
 entonces, amigos....

Todos (*menos Wenc. y Manuel*) Morir en la lucha,
 morir batallando: con gloria morir!

ESCENA III.

DICHOS Y UN CRIADO.

Criado (*á Leoncio*) Señor un oficial y algunos
 soldados, hácia aquí vienen.

Leoncio Muy cerca están?

Criado Les he visto casi de la casa en frente.

Wenceslao Virgen Santa! estarán dentro!

Leoncio Pues cierra la puerta, vete;
 echa llaves y cerrojos
 y que los rompan si quieren.
 (*Le empuja y cierra la puerta*)
 Amigos ahora tratemos
 de ver lo quemar conviene.

(*Corre al cuarto inmediato*)

ESCENA IV.

DICHOS MENOS LEONCIO.

Wenceslao Por donde se sale ahora?
Dios del cielo! protejedme (*empuja la puerta.*)
Adolfo No tener aquí una espada
para poder defenderse!
Augusto Como ha de ser, fortaleza!
Una vez sola se muere.
Julian Pero se pierde la patria,
la conspiracion se pierde!
Wenceslao Yo desfallezco! (*Se sienta abatido*)

ESCENA V.

DICHOS Y LEONCIO CON UNA CUERDA EN LA MANO.

Wenceslao Leoncio,
nos espera horrible muerte.
Leoncio Es cobarde, vive Dios!
Desenterrado parece!

(Abre una ventana y arroja la cuerda sosteniéndola con las dos manos)

Salid por aquí: del suelo
hay una distancia leve
y un pasadizo hallareis
que oculta salida tiene
por una puerta secreta

que abierta encontrarse debe,
á un callejon solitario
dó están apostados veinte
amigos nuestros: coraje
y adelante! Obedecedme!
Vamos, señores.

(Unos á otros se brindan: Wenceslao absorto en su desesperacion, no oye lo que dice Leoncio.)

Wenceslao Ahora
por conspirador me prenden...
A qué vendria á esta casa?
Castigo del cielo es este!

(Se oye un golpe lejano como si derribasen una puerta: Wenceslao se pone de pié despavorido, y corre tentando las paredes.)

Wenceslao En donde la puerta está.
Adolfo Hombre cobarde, no tiembles.

[Le toma por el brazo y le lleva cerca de la ventana.]

Recien empiezan á entrar,
sal por ahí.

Wenceslao Dios os premie.
(No perdamos un instante)

[Se oyen dos golpes mas, Wenceslao se arroja precipitadamente, y bajando dice:]

Ay! por favor sostenedme!
No me dejeis aquí solo!...

Manuel Pronto, que el peligro crece! [*salta*]
Jul. y Adol. Salta tu, Leoncio, salta.

Contigo todo se pierde.
Leoncio Dejadme, por Dios, dejadme,
mirad que soy vuestro gefe.

(A Augusto y conjurados)
Es un obsequio; os lo pido:

obsequio tan corto hacedme! [*saltan*]
Buen Julian, por mí no temas,
no han de lograr sorprenderme.

Julian Yo te lo pido, Leoncio....

Primero á tí te conviene.

Leoncio Por Dios! mirad que un segundo
nos trae á todos la muerte.

Adolfo Leoncio yo no te dejo,
el corazon me presiente....

[Se oye mas cerca el ruido.]

Salta tú Leoncio, salta,
ya están aquí!

Leoncio No obedeces?

Nos prenderán á los dos. [*Cruza los brazos*]

Adolfo Noble amigo, si tu crees
que un sacrificio es inútil
te obedezco....¿Dios! que siempre
te favorezcan los cielos.

Leoncio [*apretándole la mano*]
Si muero yo, me sucedes.

(*Salta Adolfo.*)

Están salvados ahora. [*Se prepara á saltar*]

Perdidos son!... los papeles!...

Voz dentro Abrid, ó echamos abajo!

Leoncio Adios! Se cumplió mi suerte!

(Retira la cuerda la tira por la otra ventana que cierra cuando
la puerta cede á los esfuerzos de los soldados.)

ESCENA VI.

LEONCIO, ALBERTO, *soldados de policia.*

Alberto Ese es el hombre; prendedle!
Aseguradme á esa alhaja!

(Dos soldados se apoderan de Leoncio.)

Leoncio Sois vos, señor D. Alberto,
el que así viene á mi casa?

Alberto Yo cumplo como soldado
lo que mi jefe me manda!
Golpeo una puerta: no abren
la echo abajo; la ordenanza
lo prescribe.

Leoncio Desearía
hablar con vos dos palabras,
(concedédmelas, destino,
y mis amigos se salvan)
quisiera yo....

Alberto (*con altanería*) Adonde están
los que apoyaban la trama?
Sed franco, hablad y despues....

Leoncio Podeis buscar por la casa,
ya que así se me calumnia
sin haber yo dado causa.

Alberto Soldados, atadle antes
las manos á las espaldas;

Leoncio (Aquí es preciso humildad
sinó veráz simulada)
Nadie hay aquí, ademas
no tengo ofensivas armas,

y bien sabeis D. Alberto
que soy caballero y basta.
Alberto Pues ahora mismo entregadme
vuestros papeles!

Leoncio Pensaba
que fuerais mas obsecuente!
mucho mas cuando no hay nada
que pueda daros sospecha
que abrigo intenciones malas;
mucho mas cuando desnuda
tracis en la mano una espada,
y yo sin arma ninguna
me entrego á vuestra demanda!

Alberto Ah! teneis razon.... á eso obliga
mi profesion inhumana
aunque me pese y lo sienta
con alma tan elevada!

(Envaina la espada y hace una señal á los soldados para que
suelten á Leoncio)

Vamos, hablad, qué quereis?
contadme vuestras desgracias.

(A ver si dice algo mas
de lo que reza su carta.)

Leoncio (Haciendo una señal para los soldados)

Muy jeneroso os mostrais!

Alberto Sargento, toda la casa
registrad con gran cuidado
y sin reparar en nada;
abrid los cuartos, cajones,
armarios, puertas cerradas
y cuanto halleis sospechoso:
sobre todo ved si hay armas;
marchad! (á Leoncio) Esa es mi consigna.
fuerza me es ejecutarla
cual me la dieron

[Vanse los soldados]

ESCENA VII.

ALBERTO, LEONCIO.

Leoncio Si os place
tomad asiento.

Alberto Mil gracias!
aunque un poco fatigado,
de caminar tengo ganas.

(Comienza á pasearse.)

Leoncio (Mirando con inquietud por donde salieron
los soldados) Os voy á dar los papeles,
pero os suplico...

Alberto No hay nada
que mi amistad os deniegue.

(Esto lo dice paseándose por el cuarto. Leoncio abre el cajon
de la mesa, y sacando una pistola la amartilla y con la otra
mano saca varios papeles que hace arder en la luz, Alberto se
vuelve sorprendido y se avalanza á la mesa, pero retrocede
ante el arma que le presenta Leoncio)

Leoncio Mira bien....está cargada;
si haces un signo, si mueves
solo una linea tu planta,
si un grito exhalas, te clavo
dentro del pecho dos balas!

Alberto Así pagais la nobleza
con que leal os trataba?

Leoncio Silencio! Tu labio sella:
te mato aquí si no callas;
y si esta yerra, aquí hay otra
para tenderte á mis plantas.

(Se registra los bolsillos; saca algunas cartas las prende en la
luz y las arroja al suelo.)

Miserable! Creiste necio
que así no mas me entregára?
Yo sé entregar, pero es
al Ser divino mi alma!
Y si acaso entre las manos
la pistola se dispara
no os asustéis, á eso obliga
mi profesion inhumana,
aunque me pesc y lo sienta
con alma tan elevada....
Señor D. Alberto, ahora
echad mano á vuestra espada,
como ayer cuando me visteis
retirarme de la estancia
de vuestra futura esposa:
cumplid vuestras amenazas;
ahora que estamos solos
insultadme cara á cara.

(Le presenta una pistola)

Tomad, señor, yo no quiero
que atribuyais á ventaja
de mis armas, el desquite
de las atroces palabras
con que ayer en la presencia
de una mujer adorada,
sin respetar mi infortunio
me prodigasteis sin tasa;
sabeis por que allí no os hice
echar por la boca el alma?
Por que esa mujer que adoro
mas que mi honra lloraba,
y llorando me pedia
que el escándalo evitara.
Pero ahora no!.... Ahora solos

estamos los dos, venganza
podemos tomar cumplida....
Escojed de estas dos armas
la que os guste... (á un mismo tiempo
tiraremos y al que caiga
Dios le proteja....

(Alberto rechaza las pistolas que le presenta Leoncio)

Cobarde!

Tienes miedo? qué! te espanta
el morir? Con que un vil eres
tan insolente en palabras
como escaso en obras? Dime,
á provocar mi venganza
por que has venido de nuevo,
y una comision villana
has aceptado tan solo
para ultrajarme? Pensabas
que otra vez humillarías
mi amor propio y mi arrogancia?
No sabes que ahora podría
castigar tu loca audacia
haciendo que de rodillas
humilde mis pies besaras?
Pero no!... no me degrado
á tomar de tí venganza,
porque creería mancharme:
para llenarte de infamia
no necesito ultrajarte...
Solo el desprecio me basta.
Anda, miserable! Corre,
á tus satélites llama,
y verás como un proscripto
ni aun á la muerte se calla.

Alberto
Leoncio

(*azorado*) Oíd, Señor.
Qué te detienes?

(Le toma del brazo. Alberto vá retrocediendo de modo que al concluir los versos siguientes se halla en el umbral de la puerta donde Leoncio le empuja con desprecio)

Temes alguna emboscada?
Me crees á mí tan bajo
que pueda imitar tu infamia?
Anda, miserable, corre,
cumple tu mision infanda.

ESCENA VIII.

LEONCIO SOLO,

Ora el destino inclemente
cumpla el decreto del cielo,
ya que salvé mi desvelo
á mi pobre heroica gente.
Morir me resta....á lo menos
no me hollarán con su pié,
ni eternos dias verá
de angustia y quebranto llenos.
(*adentro*) Soldados aquí!
Ya vienen....
Muramos, pues, con honor.

Alberto
Leoncio

[Apoya la pistola en la sien.]

Pero, mi patria...mi amor,
mi brazo á la vez detienen....
(*resoluto*) Voy al cadalso á subir....

Estela!...patria querida,
el martir no se suicida,
cual héroe debe morir!
Afrontar la muerte debe
preferible á un vil suplicio,
y aceptando el sacrificio
que á un pueblo entero subleve,
que su último acento vibre
en todo patricio pecho,
y su cadáver deshecho
que enseñe al mundo á ser libre.

ESCENA IX.

LEONCIO, ALBERTO, SOLDADOS

Alberto
Leoncio
Alberto

No os quereis entregar?
No, no me entrego!

Leoncio
Alberto

Os tomo por testigos, milicianos,
no ha querido rendirse.

No.

Matadle?

matadle sin piedad.

[Los soldados se adelantan con los sables desenvainados.]

Leoncio

[*descargando sobre ellos sus pistolas.*]
Atras, villanos!

ESCENA X.

DICHOS, ESTELA, D. PEDRO.

Estela Deteneos!

D. Pedro Atras.

Alberto [á los soldados] Aseguraos!

[Los soldados se apoderan de Leoncio despues de alguna resistencia: entre tanto Estela habla con Alberto aparte.]

Estela Sálvale, Alberto, sálvale y prometo
vivir esclava tuya!

Alberto [Le ama oh rabia!]
No es posible, tenedlo bien sujeto
y los brazos atadle.

[Los soldados lo ejecutan.]

Estela Si le salvas
mañana mismo te daré mi mano.

Alberto De veras?

Estela Te lo juro!

Alberto Y si traidora
me engañas...

Estela Nunca, Alberto, juré en vano.

Alberto Está bien. (morirá.)

D. Pedro Llegamos tarde

Leoncio (forcejeando)

Atras, viles sayones, chusma aleve!

Alberto Dejadle en libertad... de ir á la cárcel.

Leoncio Cuando al leon vé atado, se le atreve
la vil raposa que al sentirle huyera:
mas si en los ojos del leon aun brilla

de régia indignacion una mirada,
la raposa otra vez tiembla y se humilla!

Alberto

Leoncio

Qué te parece, Estela?

(acercándose á Estela) Sí, comprendo,
el rubor de esa frente me lo dice.

(á Alberto)

Algun pacto infernal tu le has propuesto,
y acaso por piedad, ella.... infelice!

(á Estela)

No sabes ¡ay! que de la mano suya
ni la gloria iamortal aceptaria,
porque al recuerdo de traicion tamaña
horrible infierno mi vivir seria?

No sabes que muy cara la existencia
me seria comprándola á ese precio!
y que á esta sola idea, derrepente
mi amor se trueca en odio y en desprecio!

Los lazos que en el mundo nos unian
se han roto para siempre, y ni el consuelo
llevaré yo á la tumba del sublime
amor que ahora me elevara al cielo!

Adios! Estela: sé feliz y cuando
por mí doble la fúnebre campana,
entégale tu mano, y con tu mano
tu frágil corazon de cortesana!

Marchemos á la cárcel.

ESCENA XI.

ESTELA Y D. PEDRO.

Estela

Sufre y calla

mi pobre corazon, y aunque en él halles
ultraje en vez de amor, para salvarle
sufre por él hasta que roto estalles!

(CAE EL TELON.)

ACTO CUARTO

Cárcel lóbrega, alumbrada por una lamparilla; una puerta lateral, otra al frente; Leoncio reclinado sobre un montón de paja, cubiertos los pies con una manta, encadenadas las manos, pero de modo que pueda accionar. El carcelero sentado en un banco que habrá cerca de él, y a su lado una linterna.

ESCENA PRIMERA.

LEONCIO, EL CARCELERO.

Carcelero No hay esperanza, señor, se acerca el fatal momento: os han condenado á muerte, y con espanto contemplo que de aquí á algunos minutos sereis cadáver sangriento.

Leoncio Lo sabia. Vendrá Adolfo?

Carcelero Sí, señor.

Leoncio También D. Pedro?

Carcelero A confesaros.

Leoncio ¿Y ella?

Carcelero Una vez y otra por veros ha estado aquí; pero yo vuestras órdenes cumpliendo no he permitido que entre.

Leoncio Hiciste bien, y te ruego que por nada de este mundo accedas á su deseo; no quiero verla.

Carcelero Señor, trataré de complaceros.
[Ha de entrar ya que ha sabido captarse todo mi afecto.]

[Muestra una bolsa.]

ESCENA II.

LEONCIO.

[incorporándose]

Que triste es oír las horas
rodando lentamente,
cuando la sien demente
brotando fuego está!
Que triste es al proscrito,
que prisionero gime,
oír la voz sublime
de amor y libertad!
Que triste es en el alba
de su temprana vida,
por toda despedida
decir al mundo: Adios!
Llevando dentro el alma

un mundo de ilusiones,
con santas emociones
de libertad y amor!
Muy triste, si, muy triste
sentir que dentro el pecho,
en huracan deshecho,
cual irritado mar;
ensueños y esperanzas
se agolpan derrepente
al grito prepotente
de amor y libertad!
Mi patria, mis valientes,
mi Estela, mi tesoro,
mi porvenir de oro,
delirios, humo son!
Aquí en vil calabozo
cargado de cadenas
no endulzarán mis penas
ni libertad ni amor!
No! que perjura y falsa
esa mujer amante,
cruel me burló inconstante
y alevé me vendió.
Mis planes y morada
por ella supo Alberto,
y he sido descubierto,
merced á su traicion!
Morir, mas devorado
por celos punzadores,
morir cuando traidores
ellos á unirse van!
Si al menos de la tumba
mi espectro se elevara
y convirtiese el ara
en lecho funeral!

[Queda pensativo.]

ESCENA III.

LEONCIO Y ADOLFO.

<i>Adolfo</i>	Leoncio!
<i>Leoncio</i>	Querido Adolfo!
<i>Adolfo</i>	Ven á mis brazos.
<i>Leoncio</i>	Oh! dime si todos nuestros amigos están en salvo.
<i>Adolfo</i>	No abrigues el menor temor por ellos. Mi carta no recibiste? Antes que brille otro sol acaso seremos libres.
<i>Leoncio</i>	Sí, pero muero á las once.
<i>Adolfo</i>	Y á las doce el sol que brille es fuerza que nuestra tumba ó nuestro triunfo ilumine. Dios eterno! (<i>Con desesperacion.</i>)
<i>Leoncio</i>	Caro Adolfo, tu amigo en el cielo vive, y si puede desde allí bajará su sombra horrible al frente de sus ya muertos valerosos adalides, á debelar los esclavos en el combate terrible. Y ya que la suerte adversa de nuevo propicia os rie, pues que solo ha retardado nuestro proyecto, sed libres! Id á clavar la bandera

de libertad, al terrible
alcázar donde se albergan
el despotismo y sus viles
secuaces, donde se forjan
los grillos que nos oprimen!
Id, amigos valerosos,
á conquistar bellos timbres
á vuestros nietos legando
ilustre una patria libre!
Id, amigos, á trozar
con vuestra espada invencible
el férreo yugo que abrumba
su altiva frente: que mire
el mundo entero á los hijos
del Uruguay con mas firme
abnegacion cada dia
antes morir que rendirse,
y en su postrer agonía
uno por uno, cual tigres
que moribundos defienden
á sus cachorros, batirse;
y heroicos cayendo al pié
de su bandera sublime
viva la patria! gritar
con voz que en los pueblos vibre,
y del usurpado trono
á sus tiranos derribe!...

Adolfo

Adolfo, un último abrazo.
Noble amigo, en él recibe
cuanto mi alma oprimida
quiere y no puede decirte:
Leoncio, á Dios! (*tendiéndole la mano.*)

Leoncio

A Dios, Adolfo!
El cielo tus pasos guie!

ESCENA IV.

LEONCIO.

(*La primer estrofa con espresion de enternimiento, las otras con rapidez y energia.*)

Camina, oh amigo, camina valiente
por la áspera senda que marca el honor,
convierte en laureles que adornen tu frente
la rota diadema del fiero opresor.
Si acaso el destino tu muerte decreta,
si caes combatiendo por la libertad,
su lira de bronce pulsando el poeta
al par de tu gloria, tu nombre alzará.
Si quedas en medio del campo desierto
ignorando todos tu suerte cruel,
bajo tu cadáver, en el suelo yerto,
de tu sangre pura brotará un laurel.
Y si acaso triunfas, si heroica victoria
 premia tu osadía, tu noble ambicion,
rebozando vida, porvenir y gloria,
qué grande, qué bella será tu mision!
Contemplar un pueblo que á tu voz potente
supo sus cadenas de esclavo romper,
y decirte entonces con altiva frente,
salvándote, oh patria, cumplí mi deber!

(*Pasea sus miradas alrededor de sí.*)

Mientras yo infelice, ya sin esperanza,
siento que la vida se me escapa ya,
y cada minuto que pasa me lanza,
me empuja á la tumba que á tragarme vá!
Mientras que yo siento palpar el pecho

como si escuchára muy cerca de mí,
al son de las cajas el ruido deshecho
de cañones, sables, fusil y clarín!
Morir, Dios eterno, sin que ni una palma
corone mis sienes antes de espirar!
No importa, á lo menos con la voz del alma
moriré gritando: patria y libertad!

(Abrumado de dolor se sienta y deja caer la cabeza entre sus
manos: entra Estela por la puerta lateral y permanece en el
dintel algunos instantes contemplándole. Leoncio alza de
pronto la cabeza, y al verla, se pone en pié con la mayor ajita-
cion.)

ESCENA V.

LEONCIO Y ESTELA.

Leoncio ¿Con qué derecho la muger perjura,
modelo de traicion y de falsía
hasta el postrer instante, del proscripto
viene á insultar la bárbara agonía?

Estela Con el derecho que me dan, Leoncio,
la piedad y el amor.

Leoncio Piedad es esa
digna, muy digna del horrible pacto
que te lleva al altar y á mí á la huesa.

Estela Ab! por piedad, Leoncio, no me ultrajes!
No sabes cuanto sufro!

Leoncio Y por ventura
yo no sufro tambien? yo que insensato
en tu aleve cariño y tu hermosura,
cifré toda mi dicha; yo que imbécil
pensé que noble, apasionada, altiva,
antes que dar tu mano á un miserable,

Estela conmigo huyeras, de tu fé cautiva?
Bien sabes que te adoro, pero adverso
nos separa el destino.

Leoncio No hay destino
para el audace que atropella y salta
cualquier barrera que halla en su camino.
Quien reflexiona amando, ese no ama.

Estela Quise hacerlo y no pude... ya lo viste.

Leoncio No; tú alentaste mi pasión naciente;
tú las puertas del Cielo me entreabriste,
tú consentir me hiciste en una dicha
que apenas el ángel á esperar se atreve,
y cuando fui á tocarla hallé tan solo
tu seco y yerto corazón de nieve.

(Estela lleva el pañuelo á sus ojos.)

Lloras? El llanto que tus ojos vierten
es mentido tambien... en mi pupila
no aparece una lágrima, y al verte,
sangre mi herido corazón destila!
Lloro mi fé perdida, mi amor puro,
profanado por tí; mis ilusiones;
mi juventud, mi porvenir, mi gloria,
hollados con mis santas convicciones:

yo era bueno, leal y jeneroso,
en Dios y en la virtud, noble creia,
mas hoy en nada creo, y por vengarme
á Satanás el alma le daría.

Estela Si vengarte desear, héme pronta
á recibir el golpe de tu mano...
Pero no es necesario, tus palabras
mejor que de una daga el hierro insano
me traspasan el pecho... Soy indigna
de piedad... lo conozco... sacia, sacia
en mí tu encono... pero al menos deja
que de rodillas á tus pies me arroje,

Leoncio que estreche yo tu mano y por vez última con mis ardientes lágrimas la moje!
Estela Aparta, Estela! (siento apesar mio que mi justo rencor se desvanece;)
 quien enciende la antorcha de himeneo sobre mi tumba, dime, ¿qué merece?
Estela Merece compasion: cuando divide dos seres, cual nosotros, el Eterno, feliz el que sucumbe; el que no muere sufre en vida las penas del infierno.
Leoncio (Me habrá engañado Alberto?)
Estela (Ah, si él supiese que en breve estará salvo!)

ESCENA VI.

DICHOS, EL CARCELERO.

Carcelero (*A Estela*) Gente viene, ocultaos.
Estela Dos minutos.... Leoncio mio!
Carcelero Huid, señora, huid!
Leoncio ¿Qué te detiene?
Estela Una sola mirada, una palabra, una sola palabra.
Leoncio (Si; la adora todavia mi alma) Te perdono.
Estela Ah! no mata el placer!
Carcelero (*Empujándola y cerrando la puerta lateral*) Pronto, señora!

ESCENA VII.

LEONCIO, EL CARCELEBO, D. PEDRO

D. Pedro (*En la puerta del fondo.*) Se puede entrar?
Leoncio Adelante.
Carcelero Os esperaba con ansia (*A media voz*) Apresuraos, buen anciano, llegó la hora y no falta sino el piquete
D. Pedro Comprendo.... la confesion será rápida.

ESCENA VIII.

DICHOS, MENOS EL CARCELERO.

D. Pedro (*cierra la puerta y vuelve precipitadamente donde está Leoncio.*) No hay que perder un instante. Leoncio, la vida amas? Esperas algo del mundo? Quieres salvar á tu patria?
Leoncio Y cómo, padre, es posible?
D. Pedro Lo quieres, di?
Leoncio (*Sonriendo tristemente*) Ya firmada la orden está de mi muerte

D. Pedro y los esbirros me aguardan.
Salvarte puedo ¿lo quieres?

Leoncio Es imposible.

D. Pedro Me matas:
salvarte puedo ¿lo quieres?

Leoncio Locura es pensarlo.

D. Pedro Calla,
y solo por un momento
permíteme hablar en calma:
soy viejo, bien lo demuestran
de mi cabeza las canas;
tú eres joven y robusto
lleno de amor y esperanza;
la muerte debe muy pronto
precipitarme en la nada,
y tú todavía puedes
empuñar la fuerte lanza,
y hacer que huyendo ante ella
muerda el polvo de tus plantas
esa caterva de esclavos
que servil nos avasalla:
yo también soy Oriental
y en esta ocasión la patria,
la patria en grillos, exámine,
tu salvación me demanda.
Es su voz, su voz potente
quien por mi boca te habla;
huye, Leoncio, no tardes,
obedece esa voz santa;
y si temes por mi vida,
si la crees necesaria
para salvarte, con gusto
depondrela yo en sus aras.
¿Que vale de un pobre viejo
la existencia ya gastada

en cambio de la de un joven
que puede empuñar la lanza,
y rompiéndola en la frente
de la opresión insensata,
hacer brotar con su sangre
la libertad allí esclava?

Pero....

Leoncio

D. Pedro Con mis vestidos
saldrás de esta vil morada,
y yo en tu lugar, tranquilo
esperaré!...

Leoncio

D. Pedro Muerte infanda!
Dime, Leoncio, no sientes
en esa tu edad temprana
bajar á la tumba, viendo
tu misera patria esclava?
No abriga tu mente el fuego
que de los cielos emana?
No sientes que dentro el pecho
al grito de amor y patria,
el corazón ajitado,
con sordo murmullo salta?
Leoncio Sí, padre mío! Os comprendo...
No me tenteis... nada alcanza
á quebrantar mi propósito....
Os matarán.

D. Pedro

(Sí, inspirada
siento mi mente) Leoncio!...
Estela, Leoncio, se casa
esta noche, y si consiente
es porque crece insensata
que Alberto te salvará.

Leoncio

D. Pedro Ella le entregó mi carta!
Atroz calumnia! Justina
fue quien se la dió.

Leoncio Oh rabia!
Y yo creía al infame,
y yo he podido ultrajarla!

D. Pedro Pues, corre, hijo mio, corre,
su torpe plan desbarata:
mi capa toma.

Leoncio No, padre,
la muerte os espera airada.

D. Pedro Y qué me importa la muerte
si tú y la patria se salvan?

Leoncio Es vuestra oferta muy noble,
pero yo debo rehusarla,
pues tal vez sin conoceros,
mártir en agena causa,
sufiríais muerte horrenda,
sin que el sol os alumbrara,
porque hasta temen que el día,
con su luz inmaculada,
sangre inocente alumbrando
publique su negra infamia.

D. Pedro (Iluminadme, Dios mio,
con vuestra luz soberana!
Se pierde y pierde á los suyos
y el tiempo volando pasa....)

Leoncio Id en paz, señor, y á Dios
encomendadle mi alma!

D. Pedro Leoncio, en nombre del cielo,
por la sombra veneranda
de tu padre y compatriotas,
te ordeno que al punto salgas.

Leoncio Imposible!

D. Pedro Vil é infame
te declaro, si menguada
compasion, volar te impide
dó tus amigos te aguardan.

Morir ó triunfar con ellos
es tu deber.

Leoncio Basta, basta!
(Iré y volveré) Sí, acepto
vuestro heroico sacrificio.

D. Pedro No ha de sucederme nada.
Velada la faz, despacio,
(*Le acomoda su sombrero.*)
cubierto con esta capa,
(*Se la pone*)
de aquí saldrás y no vuelvas.
Yo volveré.

Leoncio Parte y calla:
no pierdas el tiempo, corre!

Leoncio Y esta cadena?

D. Pedro Tapada
acaso mirarla pueden?

Leoncio (*Tendiéndole la mano*)
Pero, señor, en el alma
siento un dolor, un presajio..

D. Pedro Leoncio, no temas nada,
un juramento me has hecho.

(Abre los brazos y Leoncio se precipita en ellos.)

Leoncio Cuanto me cuestas, oh patria!

ESCENA IX.

D. PEDRO SOLO.

Corre joven, tú abrigas en tu seno
un jérmén de esperanzas y ventura,
mientras el mio palpitando lleno
de pesares, engaños y veneno,
la vida á largos moribundo apuro.

En esto noto la existencia apura

Corre y olvida á tu infeliz amigo,
tu patria salva de un tirano odioso,
y de tu Estela prometido esposo
mi afecto pueda dividir contigo,
unidos ambos en feliz reposo.
Hay un paraje dó el señor triunfante
entre soles y blancos querubines,
llama al justo que puro y arrogante
tuvo ceñido el pecho de diamante
al pisar de la tierra los jardines.
Allí, hijos míos, os veré contento
á la diestra de Dios arrodillados,
con el puro y celeste arrobamiento
con que él mira á sus ángeles amados.
Allí... silencio! los verdugos siento.

(Se acuesta sobre la paja y se cubre con el jergou.)

ESCENA X.

D. PEDRO, ALBERTO.

Alberto Demonio de fraile!
Canalla infernal!
Que fiero porrazo
me ha dado al pasar!
Y como esta casa
muy clara no está
el diablo del viejo
con lengua falaz,
perdone, me dice,
echándose atrás;

y tú, caro amigo,
qué tal? como estás?

(D. Pedro oculta el rostro apoyando la cabeza sobre el brazo.)

D. Pedro (Gran Dios! me conoce
qué haré para hablar?)
Alberto Qué es eso? murmuras
velando la faz?

Desagradecido!
Mi noble bondad
con esta visita,
consuelo te da;
al menos de vida
mas tiempo tendrás.

D. Pedro (Perverso y cobarde
le viene á ultrajar!)

Alberto (Señalando para un pliego que lleva.)

Aquí está la orden
rubricada ya,
para que esta noche
vayas á cenar
con Dios y los ángeles;
(ó con Satanás.)

D. Pedro (Ni aun quiere dejarle
tranquilo espirar;
ahora, oh Alberto,
te conozco!)

Alberto Ah!

Por que ahora murmuras
y encubres la faz?
Porqué ahora no osas
tu voz levantar?
Porqué no contestas
con lengua mordaz?

Porqué no te ries
con risa infernal?
Responde!

D. Pedro (Dios santo;
mi ruego escuchad!)

Alberto Qué es eso, cobarde,
te siento llorar,
y ocultarme quieres
tu angustia y afán?
Jesus! lo que puede
la muerte fatal!
Un valiente, un heroe
que brillara al par,
terrible en la guerra,
temido en la paz,
ja, ja! como un niño
ponerse á llorar!
Cobarde! y aun alma
de hacerlo tendrás!
Contesta! (*Le dá con el pié.*)

D. Pedro (Dios mio,
mas hiel aun me das?)

Alberto No quieres? paciencia.
Yo aquí me he de estar.

(Se quita la capa y sombrero y los pone encima del banco.)

A ver quien primero
se llega á cansar,
si yo en pasearme
tranquilo y en paz,
ó tu caprichoso
mi voz no escuchas (*comienza á pasearse*)
D. Pedro (Y en tanto Leoncio
tal vez volverá!]

Alberto Creiste que necio
pudiera olvidar
de tantos insultos
la cruel libertad?
La angustia y tormento
que hiciste pasar
á un hombre engañado
con vil falsedad?
Contesta... ¿no quieres?
Te voy á contar
algo que realce
tu felicidad.
Me caso esta noche.
Tu amante leal,
con su blanca mano
su pecho me dá,
y como no puedo
tiempo malgastar,
voy á hacer que empiece
mi fiesta nupcial
viéndote al banquillo
sereno marchar [*Se dirige á la puerta.*]
D. Pedro [Se pierde Leoncio,
terrible ansiedad!]

(Se levanta, apaga la lamparilla con el jergon, y al poner Alberto el pié en el umbral, se precipita sobre él, le coje por el cuello del uniforme y le hace caer boca abajo: velozmente le pone el pié sobre la garganta, y le quita la espada. Todo esto debe hacerse con la mayor velocidad posible.)

Alberto Traicion!

D. Pedro Aquí
conmigo has de estar,
y calla, no exhalas
ni siquiera un p...

que aun puede una espada
mi brazo enclavar.
[A ver si en silencio
cobarde se está]

(Clava la espada en el suelo, y saca un pañuelo.)

Alberto
D. Pedro

D. Pedro!
Al que impio
viniste á ultrajar [Le ata fuertemente los
brazos.]

te acuerdas, Alberto?
Corrompido, audaz
mis hábitos santos
osaste ultrajar.
Soy viejo, te dije,
mas fuerte y capaz
de darte lecciones
de honor y moral;
lo ves? á mis plantas
te he visto rodar,
conóceme ahora,
villano rapaz!

Alberto
D. Pedro

Perdon!
Te perdono
no me sé vengar.

(Le saca el pañuelo del uniforme, lo dobla y se lo ata en la bota.)

Pero ahora es preciso
que quedes acá,
eres conocido,
ningun riesgo hay...

(Le quita la vaina, mete la espada y se la pone.)

Cualquiera que venga
te conocerá. [Toma la capa y sombrero]
[Al punto á Leoncio
voló á buscar,
ó al primer proscrito
que pueda encontrar,
pues de lo contrario
de volver capaz
es, para salvarme,
sin necesidad]
A Dios, te perdono! [A Alberto]
(compasion me dá,) [rase]
Carcelero A Dios, D. Alberto! [de adentro]

ESCENA XI.

ALBERTO y luego EL CARCELERO.

(Alberto hace algunos esfuerzos y logra sentarse, cuando el carcelero llega y se para en el umbral.)

Carcelero

Y esta oscuridad?
La lámpara el viento
apagado habrá.

(Al acercarse el carcelero, Alberto se pone en pie, haciéndole señas para que lo desate. El le acerca la lamparilla á la cara, y al reconocerle, la arroja al suelo, gritando lleno de espanto.)

D. Alberto, huyamos,
el diablo aquí está!

ESCENA XII.

ALBERTO, SOLO

(Esta escena es muda: El carcelero huye despavorido, cierra la puerta con llave. Alberto se lanza tras él, y se azota varias veces contra la puerta intentando abrirla.)

Carcelero Cuando yo esté en salvo
á abriros vendrán,
pero por ahora
descansad en paz!

(Alberto hace nuevos esfuerzos para desasarse de sus ligaduras, y sofocado de rabia, fuera de si, se estrella furiosamente contra la pared.)

CAE EL TELON.



ACTO QUINTO

Ante-sala con balcones que dan à la plaza. La perspectiva ha de estar dispuesta de modo que se distinga esta y pueda verse la multitud, reunida en ella mas tarde. Estela vestida en traje de boda, con una guirnalda de azahares en la cabeza. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

ESTELA, JUSTINA.

Justina Impacientes están ya
los convidados, y creo
que esta noche el himeneo
no se realice.

Ojalá!

Estela Muy estraña es en verdad
la falta de D. Alberto.
Justina Tal vez le hayan descubierto.
Estela Se murmura en la ciudad
que mas de cien enemigos
han entrado disfrazados.

Estela Argentinos?
Justina Aliados
 de Leoncio y sus amigos.
Estela Si estará salvo!
Justina Quien sabe;
 D. Alberto es muy traidor
 y por venganza ó temor...
 La situación es tan grave.
Estela Si me engañase... Dio mio
 el dolor me mataría
 ó al abrazarme hallaría
 solo mi cadáver frío.
 Anda, Justina, procura
 á la cárcel acercarte,
 é indaga con maño y arte
 si está libre ó en clausura,
 si está vivo ó está muerto.
Justina Obedezco, señorita.

ESCENA II.

ESTELA, SOLA.

Duda horrible mi alma ajita.
 Porqué no ha venido Alberto?
 A mi madre prometí
 unirme con él hoy mismo
 y ya al borde del abismo,
 no sé que pasa por mí!
 Madre mia, si, yo haré

lo que el deber me señala,
 y el llanto sofocaré
 que de mis ojos resbala.
 Perdona, Leoncio, perdona
 si al aceptar de otra mano
 la ansiada nupcial corona,
 tu divino amor profano.
 Ah! si viniese la muerte
 y helase al fin en mis venas
 la sangre que corre apenas,
 desde que no logro verte
 A tí, Leoncio, por quien
 no gozo un hora de calma,
 porque tú tienes mi alma
 y mi corazón también.
 Sin tí, sin tí, qué me importa
 ser querida ó despreciada,
 ser feliz ó desgraciada
 en una vida tan corta?
 Tomen mi cuerpo y con él
 lo que es de la tierra impura,
 siempre el alma grande y pura
 podrá remontarse, y fiel,
 del Orbe en la inmensidad,
 hasta encontrarte sin calma,
 dirá, mitad de mi alma,
 aquí está tu otra mitad.

ESCENA III.

ESTELA, DA. ROSA.

Da. Rosa Estoy llena de cuidado,
 Santo Dios, que habrá ocurrido!

aun Alberto no ha venido,
y allí están los convidados.
Pero, Estela, tú estás triste
y en un día semejante
fuerza es que muestre el semblante....

Estela La alegría que no existe?

Da. Rosa Hija del alma, comprendo,
comprendo tu pena aguda,
y aunque permaneces muda,
lo que no dices, entiendo.

Estela No, madre mía, no hago
ningun sacrificio inmenso.

Da. Rosa Pues mi pesar es intenso
y diera mi vida en pago,
si pudiese unirme al hombre
noble, leal, caballero,
que creí un aventurero,
sin ley, sin hogar, sin nombre.
De Albar Nuñez, hijo era,
del anciano y generoso
que salvó á mi pobre esposo
vida y honra.

Estela (Suerte fiera,
ahora que inútil es,
cuando todo nos divide
un juramento me impide
ser venturosa otra vez)

(Llora.)

Da. Rosa Hija del alma, no llores,
estaba así decretado,
deja en tu pecho abrasado
que mi amor vierta sus flores.
Tu madre siempre afectuosa
dará á tus penas consuelo,

y con materno desvelo,
por tí velará amorosa.

Estela Y os amaré como á Dios,
será mayor mi ternura,
os pagaré con usura
cuanto por mí hicisteis vos.
Nada hay en el mundo, nada,
como una madre querida,
que sabe darnos la vida
de su existencia arrancada;
se muda todo en la tierra,
se torna frío el amante,
huye el amigo inconstante,
el porvenir nos aterra.

Pero una madre! una madre
siempre risueña, amorosa,
nos besa en la faz, llorosa
sus brazos siempre nos abre;
y aunque sus hijos ingratos
no merezcan su ternura,
generosa su alma pura
olvida sus arrebatos;
y aunque derramen sus ojos
por ellos llanto de fuego,
levanta al cielo su ruego,
sin maldecir sus enojos.

Da. Rosa Y cuando tiene unos hijos,
que se parecen á tí,
el mismo Dios desde
envidia sus regocijos.

Estela Vuestra ventura, Señora,
hoy anhelo solamente,
y del mundo indiferente
me es la dicha seductora.

Cual humo se ha disipado
mi porvenir alhagueño,
y la realidad su ceño
me muestra desencantado.
Nada espero, nada ansío
del futuro en lontananza,
se ha apagado la esperanza
en el yerto pecho mío.

Da. Rosa Desecha tal pensamiento,
Estela querida, y piensa
que la bondad es inmensa
del Señor que oye tu acento.
No infelice desesperes
porque el dolor te anonada,
en pos de mala jornada
halla el viajero placeres.

Estela Así será, pero siento
que han muerto mis ilusiones
para siempre.

Da. Rosa Tus pasiones
como tu audaz pensamiento
te arrebatan en su vuelo,
y en alas del idealismo
no reparas que un abismo
divide el mundo del cielo.

ESCENA IV.

DICHOS, JUSTINA.

Justina Ay! Señorita, Señora!

Da. Rosa Qué causa tu sobresalto?
Justina El enemigo un asalto,
dicen que vá á dar ahora.
La division Argentina
ha llegado á la trinchera,
y en doble apiñada hilera
al ataque se encamina;
mientras por diversos puntos
con bélico ardor, marciales,
los proscritos Orientales
hácia el fuerte marchan juntos.
Estela Y Leoneio? no le viste
entre ellos?

No.

Justina
Estela

Y no sabes

si en la carcel aun existe?

Justina
Estela

Le sacaron y....

Ah! no acabes!

traidor Alberto y villano,
me ha engañado sin pudor
y la muerte de mi amor
firmé yo al darle mi mano!
No, jamás, pese al destino,
que tan fiero se me muestra,
jamás uniré mi diestra
á la de un vil asesino.

ESCENA V.

D. PEDRO, DA. ROSA, JUSTINA, ESTELA.

D. Pedro (Con aire inquieto y preocupado)

Justina Horrible noche, incertidumbre horrible!
Estela Aquí llega D. Pedro!

Da. Rosa Tío!
Hermano!

Ansiosas esperábamos tu vuelta.
Estela Para hablar de Leoncio, tío amado!
D. Pedro (A *Estela*)

Moderá tus transportes, ya te he dicho
que es inútil tu afán, tu empeño vano:
tu amor, Estela, y su pasión funesta
al borde del abismo le arrastraron.
A morir en la cárcel hoy, terrible
le ha condenado inexorable fallo
y sí, tal vez, mañana de la muerte
le salvase un acaso extraordinario,
recuerda solo que á su patria debe
sacrificar su amor como soldado.

Estela Hay alguna esperanza?

Da. Rosa Serán ciertos
los rumores que corren?

Estela Sublevados
su bandera levantan los proscriptos
del Argentino al valeroso amago?

D. Pedro (Es preciso engañarlas todavía;
el decisivo instante no ha sonado.)
Estela, que hora es?

Estela Las once y media.

D. Pedro (dirigiéndose á uno de los balcones)
Que largas son las horas y que largos
los instantes pasados en la espera!

Da. Rosa Pero, Pedro, qué tienes! azorados
tus ojos brillan con fulgor incierto,
está tu rostro descompuesto y pálido
y una expresión de angustia comprimida

agita y mueve tus convulsos labios.
Qué tienes, di, qué tienes?

D. Pedro Nada tengo;
Aunque la mala noche que he pasado
sin duda á descompuesto mi semblante
y ha gravado en mis ojos el espanto.
También ciertos rumores....

Estela Mi buen tío,

Cuanto sepais, por compasión, contadnos!
D. Pedro Está bien; pero debo prevenirlos
que son suposiciones lo que avanzo,
y que no sé de un modo positivo
lo que hay de verdadero ni de falso.

Estela Hablad, señor, hablad.

D. Pedro Pues bien, oidme
y no os sobresaltéis si llega el caso.
Un amigo me ha dicho, hace un momento
que por conducto cierto está informado
que la columna audaz de Buenos Ayres,
protejida de algunos partidarios
que dentro de los muros la segundan,
debe atacar la plaza, y confiada
en su valor y audacia á toda prueba
apoderarse de ella por asalto.

Da. Rosa Un asalto, Dios mío, yo creía
al oír á Justina, que eran vanos
rumores; pues decíase que preso,
el Gefe,—todo había fracasado:

D. Pedro Por breves días se aplazó el combate,
pero nunca á su empresa renunciaron
los que en su hidalgo corazón abrigan
de patria y libertad el fuego santo.
Preparada la mina, al fin revienta!

Estela Leoncio, Leoncio, dónde está!

D. Pedro En la cárcel.
Estela Está seguro?
D. Pedro No lo sé.
Estela Decidme
 si triunfan sus amigos, de salvarlo
 á tiempo llegarán?
D. Pedro No es muy probable.
Estela Protejedle, Dios justo!
D. Pedro (Trance amargo!)
 Como decirle la verdad, si luego
 ha de ser mas horrible su quebranto!)
Da. Rosa No te aflijas, Estela.
Estela Y quién piadoso
 me dirá la verdad que yo no alcanzo?

ESCENA VI.

DICHOS, ALBERTO.

(que entra con la ropa en desórden y muy ajitado.)

Alberto Yó!

(D. Pedro hace un movimiento de sorpresa, luego se arroja sobre él, le toma por el brazo y le arrastra á un lado de la escena.)

D. Pedro Silencio! y sé discreto! Si profieres,
 una sola palabra, si insensato
 descubres los secretos de esta noche
 y lo que entre nosotros ha pasado
 por el balcon te arrojo, miserable!

Alberto (Logra desasirse y camina hácia donde está
Da. Rosa, levatando la voz:)
 Basta, Señor D. Pedro, ya es en vano
 que hagais mas sacrificios por Leoncio,
 si escapar de la cárcel ha logrado,
 merced á vuestro apoyo....
Estela Cómo, Alberto,
 no fuiste tú quien le salvó?
Alberto Declaro
D. Pedro Silencio, te repito! (Acercándose á Alberto.)
Alberto [A Da. Rosa y Estela.] Sin rodeos
 el hecho, tal cual fué, voy á contaros.
D. Pedro Ni una palabra, alevé!

(Se arroja sobre Alberto que retrocede. Estela y su madre se interponen entre ellos: Da. Rosa habla en voz baja con D. Pedro, mirando alternativamente á Estela y Alberto.)

Estela Alberto, habla!
Alberto [con ironia.]
 Mi honor en el secreto está empeñado.
Estela Explica ese misterio.
Alberto No es posible.
Estela Habla, por Dios, Alberto, como un dardo
 el pecho me desgarras tu silencio,
 que me llena de angustia y sobresalto.
Alberto En fin, soy caballero....y generoso
 quiero calmar tu angustia y tu quebranto.
Estela Vamos, habla.
D. Pedro [A Da. Rosa.] Está bien....por ella era,
 pero tu lo desearas....
Alberto Es el caso
 que por una reunion de circunstancias
 de largo y estensísimo relato,

gracias al heroismo de un amigo
á quien espero pronto dar el pago, (*mira á*
D. Pedro.)

me hallaba en el paraje en que debiera
encontrarse el proscripto, traicionado
por un vil carcelero que se habia
prostituido al oro cual villano.

D. Pedro Faltais á la verdad! era inocente.
Estela (*alzando las manos al Cielo.*)

Gracias, gracias, Dios mio, ya está salvo,
ya está salvo Leoncio! madre mia,
vos le habeis generosa perdonado....
Leoncio ya está libre!

Da. Rosa Sigue, Alberto.

Alberto Me hallaba yo en el suelo con los brazos
ligados fuertemente, y de mordaza
en la boca un pañuelo bien atado,
cuando siento venir al carcelero:
á fuerza de pugar, con gran trabajo
llego á ponerme en pié,... pero ¡oh tormento!
El infame finjiéndose engañado
tira la lamparilla, veloz huye,
la puerta, sin piedad, tras sí cerrando.
La desesperacion, la rabiá, los temores,
que en tropel pavoroso me asaltaron,
me prestaron tal vez fuerza bastante
para romper mis apretados lazos.
Comencé á golpear, di recios gritos,
de angustia y de dolor desesperado.
Alguno los oyó, porque vinieron
y el cerrojo de hierro quebrantaron,
pero el vil carcelero hacia una hora
que habia con sus cómplices fugado.

Da. Rosa Qué fuiste á hacer allí ¡cómo te hallabas

á esa hora en la prision? cómo te ataron
sin tú hacer resistencia? cómo luego
no te echaron de menos?

Alberto Mas despacio

os daré pormenores, porque ahora
solo me importa referir el caso.
Salgo á la calle respirando ira,
resuelto á delatar á esos malvados.
Al mismo general, si era posible.
Distaba de su casa breves pasos
cuando ví que dos hombres que hacia poco
al pasar por la plaza habia encontrado,
salieron á mi encuentro y uno de ellos
de repente cojiéndome del brazo
en el pecho me puso una pistola
diciéndome irritado: á delatarnos
vas de nuevo, traidor, pero ¡ay! si pasas
de esta calle adelante, temerario!
Si escapas de un puñal habrá otros ciento
que den á tus maldades justo pago!
Esto dijo aquel hombre y velozmente
se fué do estaba el otro que embozado
en silencio de lejos nos miraba.
Y creo firmemente y no me engaño:
aquel desconocido era Leoncio.

Estela Gracias, Dios mio! gracias, ya está salvo,
ya está salvo Leoncio!

Da. Rosa Crees, Alberto,
que haya salido sin tropiezo al campo?
D. Pedro (*asomándose con disimulo al balcón.*)
(Como tarda la hora! como tarda!)

Alberto Escuchad, escuchad, aun no he contado
de mi triste aventura el desenlace.
Volvía para casa cabizbajo

luchando con el miedo y los deseos
de vengarme de aquellos desalmados,
cuando al volver la calle, de repente
me hallé con un esbirro de á caballo.
Al escaso fulgor de un rebervero
escribo en mi cactera apresurado
algunas cortas líneas, se la entrego,
un premio prometiéndole muy alto
si ántes de media hora la ponía
de mi buen general entre las manos;
partió como un relámpago y ya he visto
cuan á tiempo llegára mi emisario.

Estela Es una broma, Alberto, tu no puedes
ser un vil delator.

Alberto (riendo) (frescos estamos!)

Estela Pobre Leoncio! (*Llora*) En este instante
tal vez gima de hierros abrumado.

Da, Rosa Traidor has sido, Alberto, y procedido
como procede el hombre mas villano!
No llores, nija mia.

D. Pedro Por vengarte
de un hombre solamente, has entregado
sin piedad á una muerte inevitable
mas de trescientos nobles ciudadanos.
Grande esta culpa, Alberto, teme el dia
en que cuenta te pida el cielo airado!

Alberto Mientras llega ese dia....

[Se oyen doce campanadas: D. Pedro estático y con la boca entreabierta apunta con la mano hacia la plaza: Alberto indeciso se pasa la mano por la frente como si zoliese de un desmayo, y gradualmente como si le voltiesen la memoria y las ideas. Estela asustada se aproxima á su madre. Todos permanecen en silencio por un instante. En seguida se oyen á lo lejos aclamaciones, cañonazos y descarga de fusilería. Los tiros y cañona-

zos se oyen á intervalos hasta el final de esta escena.]

Estela Hombre perverso!
No oís? Es el cañon que retumbando
su muerte nos anuncia!

Da. Rosa O su victoria
que dan hora valientes el asalto.

D. Pedro [*A Alberto, con el mas profundo dolor é indignacion*]

Ois ese rumor? ois el estruendo
del bronce aterrador? sabeis, que bravos
ahora, en este instante, allá en los fosos
de la almena imperial caen esforzados
~~por romper de su patria las cadenas,~~
mas de trescientos Orientales inclitos
por romper de su patria el yugo infando?
sabeis que entre oleadas de humo y sangre
revolcándose allí desesperados
en su postrer gemido, agonizantes
ellos maldicen vuestro nombre odiado?
y sabeis que la muerte es preferible
á vivir con los hierros del esclavo
á doblar la cabeza prisionero,
y por salvar la vida, vil temblando
ante un hombre de miedo arrodillarse
para morir cobarde arrodillado?

Alberto La venganza es muy dulce y si entre ellos
tambien miro espirar á mi contrario,
poco vale la sangre de trescientos,
diera un millon por verle anonadado.

D. Pedro Leoncio ha de salvarse ¡miserable!

Estela Leoncio! Está entre ellos?

D. Pedro Peleando
encima de la brecha á su cabeza!

Alberto O en los fosos del fuerte hecho pedazos,

(Estela cae de rodillas: alza las manos y con voz fuerte y animada dirige esta súplica al Eterno:)

Señor! piadoso escucha,
proteje al desgraciado
que en ominosa lucha,
vendido, traicionado,
confía solo en tí!
Ampara al que valiente,
sin patria, sin hogares,
altivo alza la frente,
sofoca sus pesares
y vuela á combatir.
Señor! benigno mira
al que en destierro amargo
llanto y dolor respira
y quiere su letargo
de oprobio sacudir.
Proteje al esforzado
que en desigual contienda
cayendo ensangrentado,
por patria, da en ofrenda
su aliento varonil!
mas si ya decretada
suerte fatal le espera,
en servidumbre odiada,
primero mártir muera
que opreso así vivir!
Ampárale en su pena,
Señor Omnipotente,
quebranta su cadena,
y llévale clemente

á un mundo mas feliz!

(Baja la cabeza y despues de un instante se levanta.)

D. Pedro Ruega, oh Estela, ruega! bondadoso
el cielo ha de apiadarse de tu llanto,
y ha de oír tus plegarias virginales
porque pura y sin mancha eres un ángel.
Da. Rosa Ruega, hija mia, ruega, pero deja
la desesperacion al desdichado
que faltó á su palabra descendiendo
de espía y delator, hasta el bastardo
oficio de traidor.

Alberto Ese lenguaje,
señora, tan procaz en vos extraño;
cumplí con mi deber cuando á Leoncio
delaté por rebelde al soberano;
y no es ese motivo, me parece
para así prodigarme los sarcasmos
y el insulto ademas.

Da. Rosa No, no es insulto
arrojaros al rostro por escarnio
los títulos honrosos que esta noche
habeis gloriosamente conquistado.

D. Pedro (en voz baja.) Y di, no es cierto que si hablar
(quisiera

aun se podria sombrear el cuadro?
Alberto Y á vos, Señor D. Pedro, quién, decidme,
os ha dado el derecho algo profano
de insultar á los otros prevalido
de vuestra dignidad y traje santo?
Quién sois, Señor D. Pedro, para altivo
así humillarme con empeño bárbaro,

incansable siguiendo á todas horas
siempre y siempre la huella de mis pasos?
con qué derecho os hallo en todas partes
mis cálculos y planes trastornando?
fraile importuno, hipócrita y perverso
con semblante de Dios y alma de diablo?
Dios mío!

Estela

Da. Rosa

D. Pedro

Alberto!

(con dignidad y calma.)

No, dejad que hable

yo le perdono....nunca los sarcasmos
dirijidos á mí, me conmovieron:
pero no puedo soportar callado
que insulten la virtud en mi presencia.
Pío, indulgente, fraternal y humano,
perdono las injurias mas atroces
mientras yo sea, solamente, el blanco,
pero soy hombre, mi deber olvido
cuando escucho ultrajar á los que amo.
Yo le perdono, pues, mientras no pasen
sus insultos de mí.

Alberto

Tan solapado

como hipócrita, astuto y corrompido
la ambicion y anarquía fomentando,
con bíblicas palabras, con finjida
mansedumbre y piedad; sin gran trabajo
al vulgo alucináis, pero no todos
son tan necios que os miren como un santo,
un hipócrita sois que el rostro esconde
tras máscara divina, y yo os la arranco
sin miedo y con placer....

(El rumor del combate ha cesado: Las campanas tocan á rebato. Se oye á la distancia ruido de caballos que cruzan á galope: murmullo lejano de agolpa, vivas, &c.)

Pero qué es eso?

que anuncia ese rumor extraordinario?

(Se asoma á uno de los balcones.)

Es el triunfo! es el triunfo! La victoria
ciñe á los Brasileños doble lauro!

Cielos!!!

Estela

D. Pedro

(precipitándose al otro balcon).

Mentira....me parece....creo....

No hay duda, no, los nuestros ya triunfaron!

Da. Rosa

[dirigiéndose al balcon con Estela.]

Será cierto?

Estela

Alberto

D. Pedro

Me ahoga la alegría!

Os espera un tremendo desengaño!

No la veis? no la veis? entre la niebla

la luna dora con naciente rayo,

la gloriosa bandera que por mofa

ataron á los pies de sus caballos,

los esbirros de aquellos que mañana

desde su trono la verán temblando!

Oh! que bello es mirarla victoriosa,

oh! que bello despues de quince años,

de luto y proscripción, verla de nuevo

alzarse de la tumba como un astro

de regeneracion....Dios bondadoso,

permite que en mi patria afortunado

un momento no mas, solo un momento

la mire como aquí, libre flotando,

y luego para siempre, Dios piadoso,

cierre la muerte mis cansados párpados!

Ese hombre delira ó está loco!

Alberto

Estela

Alberto

Y Leoncio, Leoncio?

Ya está ahorcado!

(Se oye á la distancia, de afuera:)

Voces

Alberto

Viva Leoncio de Albar Nuñez, viva!

Maldición, maldición! ellos triunfaron!

Llegó tarde mi aviso, ah!

DE AFUERA Viva la patria!

D. Pedro [A Alberto] Miradlos aquí están.

Alberto Es cierto, huyamos!

ESCENA VII.

DICHOS, LEONCIO, ADOLFO, JULIAN.

(Al salir Alberto se encuentra con ellos y Julian se apodera de él con la mano izquierda, mientras con la derecha saca un puñal. Alberto se arrodilla.)

Alberto Perdonadme, señor, soy inocente!

Julian Ahora nuestra cuenta arreglaremos, no huyas, entretanto.

(Levanta el brazo para herirlo. Leoncio le detiene y hace una señal á Alberto para que huya.)

Leoncio Julian, detente!

ESCENA VIII.

DICHOS, MENOS ALBERTO.

Estela Leoncio!

Leoncio Estela! [*se abrazan*]

Al fin, al fin volvemos á encontrarnos de nuevo, y todavía es santo nuestro amor, constante y puro! pero allí está tu madre.... acaso impía aun intenta á mi amor poner un muro?

Estela Leoncio, no la ultrajes, amorosa, al perdonarme á mí, te ha perdonado.

Leoncio Me ha perdonado, dices? generosa

(Toma á Estela de la mano y se arrodilla con ella á los pies de su madre.)

señora, á vuestros pies arrodillado tan solo con mi amor, humilde llego, con mi amor nada mas.... pues si la gloria, en duro batallar luchando ciego, premié mi arrojo.... es suya la victoria. Per merecerla combati esforzado,

y rompí mi cadena.... mas cautivo á vuestros pies, Señora, enamorado, se postra humilde el vencedor altivo!

Da. Rosa Hijos míos, alzad, soy vuestra madre; abiertos siempre encontrareis mis brazos.

Adolfo (*despacio a Leoncio*)

Si la dicha sus brazos hoy te abre, no olvides que mañana hechos pedazos los suyos te abrirá, sin esperanza, tu infortunada patria.

Leoncio Dios del Cielo!

Adolfo Pon tu amor y deber en la balanza.

Leoncio Perder mi amante, coronar mi anhelo y acaso para siempre, oh, no, imposible!

D. Pedro Ahora,

te haré su esposo yo, pero mañana partirás con el rayo de la aurora.

Leoncio [Entre ella y mi deber... ¡lucha tirana!]

[Leoncio presa de la mayor indecision y angustia, mira alternativamente á Estela y á sus amigos. Se oye el redoble de un tambor: gente de tropa y un grupo de paisanos desfilan por la plaza, y se detienen frente á los balcones: las banderas Oriental y Argentina flamean en el centro. Pueden correrse los bastidores del fondo para que la escena produzca mas buen efecto.]

Adolfo (*señalando á la plaza.*)

Allí están tus amigos, tu bandera.... á vencer ó morir van como bravos, mientras su gese en tierra brasilera, hijos tendrá que nacerán esclavos!

Leoncio Los seguiré mas tarde [cruel suplicio!]

Me exiges una empresa sobrehumana!....

Adolfo Un heroico, sublime sacrificio!....

Leoncio (*Despues de vacilar un momento, como arrebatado de un repentino arranque de entusiasmo:*)

Y lo haré! si, lo haré! . . . ¿quién ¡ay! profana
un amor celestial de gloria lleno,
su patria y sus deberes traicionando!

[Toma la mano de Estela]

Tu imájen llevaré dentro del seno
y volaré al combate; si luchando
llego á salvar mi patria, mujer bella,
yo volveré, de lauro coronado,
para adornar tu frente con la estrella
que al brillo de mi acero haya brotado.

Para arrojar en tu amorosa falda,
emblema de pasión, de honor emblema,
de palmas y de mirto una guirnalda
que sea tu ~~imp~~cial, rica diadema!

Mas si un hado infernal mas poderoso
me persigue incansable por do quiera,
si caigo combatiendo valeroso,
conságrame una lágrima siquiera,
y un recuerdo fugaz . . . Mi sol, no llores!
vencedor ó vencido, si no muero
el porvenir nos brindará sus flores!

Adios, Estela, adios!

(Toma la mano de D. Pedro y Da. Rosa.)

Muy pronto espero
la victoria alcanzar . . . adios!
[A Adolfo y Julian.] Marchemos!
(Que no oiga de mis lábios una queja.)
Triunfa y muy pronto unidos estaremos!
Adios, mi Leoncio!

D. Pedro (Estendiendo la mano en ademán de bendecirle)

El Cielo te proteja!

(Estela se arroja llorando en los brazos de su madre,
Leoncio y sus amigos se dirigen á la puerta. La música,
en la plaza, toca una marcha triunfal. La tropa se
pone en movimiento. CAE EL TELÓN.)

FIN DEL DRAMA

Apéndice.

Al Sr. Don Alejandro Magariños Cervantes.

SONETO.

Gloria á tí, Magariños y Cervantes,
que ilustrando la preza de este apellido,
el drama "Amor y Patria" has producido,
rica joya de perlas y diamantes.

Desde la adolescencia ya flamantes
destellos de tu génio se han lucido;
hoy vate y escritor esclarecido,
cíñes lauros mas bellos y brillantes.

Tu drama, de la patria en fausto día,
vã á lograr mil aplausos . . . por tal gloria
veinte años de mis versos te daría,

Y hasta mi porvenir . . . así en la historia
del olvido y desden me salvaria
asociando mi nombre á tu memoria.

F. A. de Figueroa.

Al esclarecido poeta Oriental

D. Francisco A. de Figueroa.

Am Todo el que ardiente inspiracion abriga,
El jermen de dolor guarda en su seno,
Que la mas dulce miel, trueca en veneno,
Y el mas bello laurel en ruda ortiga.

Pero si noble se levanta amiga
La voz del jénio de entusiasmo lleno,
Le arranca y lleva á la region del trueno
Con ígneo lazo que sus almas liga.

Allí el triunfo y la gloria son despojos
Del jeneroso vate á quien abona
Cuanto diera á la envidia hondos enojos,

Y que toda una vida galardona:
Qué me importa el veneno y los abrojos?
Tu aplauso, *Figueroa*, es mi corona!

A. Magariños Cervantes.

18 de Febrero—1857.

AMOR Y PATRIA

No hay rosas sin espinas, no hay triunfo sin zozobra,
no hay gloria sin sacrificios.

Es esta una triste ley á que todo lo sujeta nuestra
miseria humana.—Colon tenia en su cabeza un mundo;
Colon no era mas que un loco, Galileo empeñábase en
demostrar el movimiento de la tierra: Galileo no era
tambien mas que un loco, y su demencia le costó nada
menos que los calabozos de la inquisicion, la persecu-
cion y el destierro.

Pero llegó un dia en que el mundo de Colon dejó de
ser una quimera, y el movimiento de la tierra, demos-
trado por el célebre astrónomo de Pisa, un absurdo!

El génio ha tenido siempre que luchar en todas par-
tes contra tres enemigos poderosos: la ignorancia, la in-
credulidad y la envidia.

No hace mucho todavia que nuestro ilustrado ami-
go y compatriota, el Dr. D. Alejandro Magariños Cer-
vantes, ha tenido que combatir en el vecino Estado
contra estos tres rudos atletas, empeñados en disputar-
le el triunfo sobre la escena dramática.

Nadie ignora ya en Montevideo el mezquino suceso
ocurrido en Buenos Aires con motivo de la segunda re-

presentacion de "Amor y Paria" en aquella ciudad, donde en su exhibicion tuvo un éxito ruidoso.

Pero echemos un velo sobre esas ruindades de espíritu local y nécias susceptibilidades, y ocupémonos tan solo del resultado de la ejecucion de aquel mismo drama en la patria de su autor.

La noche del trigésimo aniversario de Ituzaingó era por cierto la mas á propósito para esa exhibicion; así es que Solis solicitó aquella noche una concurrencia crecida y de lo mejor.

Levántose el telon, y el Himno Nacional, cantado por Matilde Duclós y Enamorado, inició la série de emociones agradables que nos estaba en esa noche reservada. Con él empezaron tambien los entusiastas aplausos de patriótico auditorio, que prorrumpió además en vítores á la patria, á la constitucion, á las glorias nacionales.

En seguida, un jóven Oriental púsose de pié en la platea y anunció la lectura de algunos versos alusivos al día. Hízola en efeto, espresando en ellos con injenuidad los sentimientos patrióticos de la generacion á que pertenece, y mereciendo por esta circunstancia algunos aplausos y bravos indulgentes, coronados con un abrazo fraternal del decano de los poetas uruguayos.

Se alzó de nuevo el telon, y "Amor y Patria" empezó en medio de un religioso silencio, oriñado por la ávida atencion del auditorio.

El triunfo no demoró en pronuciarse. Al concluirse el tercer acto, el autor del drama era llamado á la escena por las aclamaciones unánimes de la sala.

Los sentimientos patrióticos, que son la cuerda principal del drama, espresados en nobles y elevados

pensamientos, en versos robustos y valientes, repercutian á cada paso en el corazon de los espectadores y orijinaban esplosiones frequentisimas de vítores y palmadas.

Antes de concluirse el último acto y en la ocasion en que las filas de los patriotas aparecen en el fondo de la escena precedidas por la música militar que ejecuta el Himno Oriental, todo el auditorio se puso de pié como impelido por un resorte eléctrico, y prorrumpió en tan frenéticos bravos y aclamaciones al autor, que necesario fué suspender la representacion á fin de conducirlo al escenario á recibir las mas entusiastas ovaciones, la corona del triunfo mas completo.

Prescindiremos del plaleer, y hasta del deber, de hacer un análisis critico de "Amor y Patria" por mas de una razon: primeramente, porque la estrechez de nuestras columnas no nos dá espacio bastante; en seguida, porque no nos creemos autoridad competente para juzgar las producciones de Alejandro Magariños Cervantes; y últimamente, porque aunque lo fuéramos, temeríamos dejarnos llevar por la amistad y carecer de la austeridad é independencia del critico imparcial.

Nos concretaremos, pues, á consignar en estas páginas el éxito brillante que obtuvo ese drama en Montevideo, la noche del 20 de Febrero, trigésimo aniversario de la batalla de Ituzaingó; triunfo que, estamos seguros habrá resarcido á nuestro amigo, el Dr. Magariños Cervantes, de los sinsabores que la envidia y la malquerencia le hicieran experimentar anteriormente, y que redundará en estímulo propio y de todos los hijos de esta tierra que abriguen el fuego de la inspiracion, el amor del arte escénico.

Terminada la representacion del drama, S. E. el Sr. Presidente de la República hizo llamar á su palco al autor laureado para rendirle sus felicitaciones especiales. Este paso de S. E. honra altamente al primer magistrado de la República, porque da pruebas de su ilustracion, y de su aprecio y proteccion á los valientes esfuerzos de nuestra naciente literatura dramática—Felicitámosle por él.

No debemos terminar sin encarecer el esmero que pusieron en la ejecucion de "Amor y Patria" todos los actores de la excelente compañía Duclós, esmero á que se debe en gran parte la brillantez del éxito de este drama.

Ortiz, Matilde y Carolina Duclós, Rosario Segura, Garcia, Pardiñas, Jordan y hasta Jover en su brevisimo rol, manifestaron durante la ejecucion un interes vivísimo por el éxito del drama. Este interes delicado es digno del mayor elogio y aprecio por parte de los hijos de esta tierra, y en particular de aquellos que se consagran al arte ó aman el progreso de la intelijencia.—Por nuestra parte, quisiéramos recompensarlo asegurando á esos artistas un cúmulo de ovaciones y triunfos en nuestra escena.

Esten por lo menos ciertos que en la ejecucion de "Amor y Patria" han ganado simpatias que ligarán siempre sus nombres al recuerdo de nuestros fastos teatrales.

HERACLIO C. FAJARDO.

[El Eco Uruguayo, núm. 10.]

AL SEÑOR DOCTOR

D. ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES

Autor del drama Amor y Patria.

Digno vate que imberbe presentiste
Destellos de la luz que te ilumina,
Tú desdeñando la vulgar rutina,
Icaro mas feliz al sol subiste.

Ora el sacro entusiasmo que te asiste
Ensayarse en el drama determina,
Y ya, entre mil aplausos, la divina
Espléndida apoteosis mereciste.

En ese hermoso ensayo tanto alumbras,
Quo solo Acha y Fajardo en nuestro suelo,
Se acercan á la esfera en que te oncumbras.

Y aunque seguir en pos fuera mi anhelo,
Ya me falta el vigor, y me deslumbras
Alzándote hasta el sol del primer vuelo.

Francisco A. de Figueroa.

Fé de erratas.

PAG.	LINEA	DICE	LEASE.
17	4	bordado	bordador.
"	12	clama	llama.
18	35	en anarquía	en la anarquía.
21	19	digere	dijese.
28	15	tuya	suya.
29	2	le han	la han.
30	29	paterno	fraterno.
"	32	noble	doble
"	33	fraternal	paternal.
37	25	calla	tente!
"	28	canalla	imprudente.
40	22	rol	sol
41	30	mis secretos	mi secreto.
42	14	volcan	raudal.
43	22	unirás	unirá.
44	33	fuere	fuese.
45	22	gravada	gravado.
46	35	tumbador	triunfador.
48	19	insensato	é infantil candor.
		(amor	
50	4	divigan	divagan.
51	18	y todavía	yo todavía.
52	19	poseedor	poseído.
53	16	ah	ay.
54	5	patente	potente.
55	2	podemos	podremos.
57	trasponer las líneas 15 y 16 de este modo:		
	Que algo guardabas noté,		
	En el seno....		
59	24	lo creo	lo veo.
61	24	le mira	se mira.
67	2	angustada	angustiada.
68	1	"	Julian.
"	2	"	Wenceslao.
"	4	"	Leoncio.
69	1	condenado	condenada.
"	23	nos	mas
94	2	creía	creí.
96	14	armados	amados.



66907

A
VALIOSO
Uru
861.52
Mag
amo